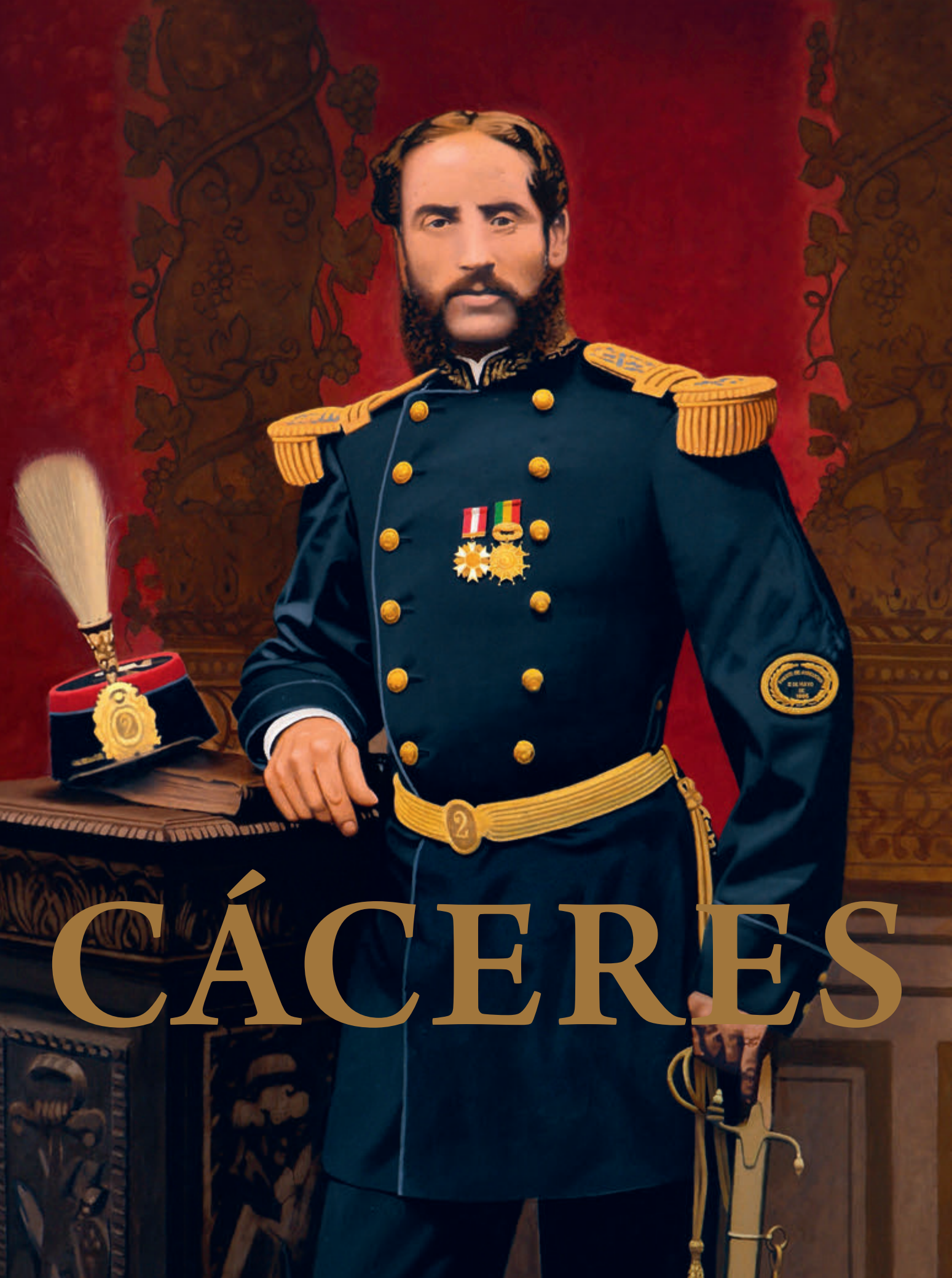


CÁCERES

CÁCERES

CÁCERES

©In Pectore
Alberto Alexander 2517, Lince. Lima - Perú
Central telefónica: 2223180
email: interforum@interforumproyectos.com
©Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú
Av. Boulevard s/n, San Borja. Lima - Perú
Teléfono: 3171700
email: cpheperu@hotmail.com

Este libro es parte de la colección Héroes del Perú que impulsa y patrocina Telefónica del Perú

Primera edición
Setiembre de 2014

Tiraje
1.000 ejemplares

Comité editorial
Jorge Albarracín Chávez
Carlos de la Guerra Sison
Armando Nieto Vélez
Mauricio Novoa Cain
Ludwig Meier Cornejo
Roberto Vidaurre Vergonzini
Jorge Salmón Jordán

Conceptualización y dirección
Jorge Salmón Jordán
Mauricio Novoa Cain

Producción general
In Pectore / Interforum

Contenidos históricos

Dirección de Informaciones del Ejército
General de Brigada Orestes Vargas Ortíz
Director
Coronel EP Enrique Gargurevich Godoy
Jefe de RRPP y Protocolo

Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú
Jorge Albarracín Chávez
Lourdes Medina Montoya
Segundo Gálvez Ríos
Roberto Mendoza Policarpio

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
Nº 2014-07387
ISBN: 978-612-46349-4-9

Digitalizado y Distribuido por YoPublico S.A.C.

yopublico
www.yopublico.net
Telf: 51-1-221 9998
Dirección: Av. 2 de Mayo 534 Of. 304, Miraflores Lima-Perú

Está prohibida la reproducción total o parcial del contenido y las características gráficas de este libro. Ningún texto o imagen contenidos en esta edición puede, sin autorización escrita de los editores, ser reproducido, copiado o transferido por cualquier medio impreso, digital o electrónico. Cualquier acto ilícito cometido contra los derechos de propiedad intelectual que corresponden a esta publicación será denunciado de acuerdo al Decreto Ley 822, Ley de los Derechos de Autor, de la legislación peruana, así como las normas internacionales vigentes.

Investigación y redacción
Carlos Enrique Freyre Zamudio
Arturo Salazar Larraín
Luis Rey de Castro
Kathy Perales Ysla

Investigación Fotográfica
Renzo Babilonia Fernández-Baca

Archivos fotográficos
Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú
Orden de la Legión Mariscal Cáceres
Museo Cáceres
Biblioteca Nacional del Perú
Congreso de la República
Archivo Histórico de la Marina de Guerra del Perú
Instituto de Estudios Histórico Marítimos del Perú
Brigada Naval Combatientes del Pacífico
Secretaría de Prensa de la Presidencia de la República
Colección familia De la Guerra Sison
Colecció familia Fernández Baca
Colección familia Padrón
Colección Ximena Grandez
Colección Aldo Novoa Zañartu
Colección Raúl Peña Olano
Colección Javier Aranda

Corrección de estilo
Jorge Coaguila
José Ugaz La Rosa

Fotografía
Daniel Giannoni
Luis Sueyras Valverde
Ximena Grandez
Carlos Lezama
Alberto Orbegoso

Diseño gráfico y diagramación
Sandy Bocanegra
Elizabeth Rivasplata M.

Agradecimientos
Presidencia de la República
Congreso de la República
Ministerio de Defensa
Ejército del Perú
Marina de Guerra del Perú
Escuela Militar de Chorrillos
Museo Real Felipe
Museo Cáceres
Museo Combatientes del Morro de Arica
Orden de la Legión Mariscal Cáceres
Familia De la Guerra Sison
Bill Caro
Orlando Yantas

Preprensa e impresión
Studio Digital Editores
Jr. Chavín 51 Urb. Chacra Colorada, Breña. Lima-Perú
Teléfono: 4251504



(1836 - 1923)



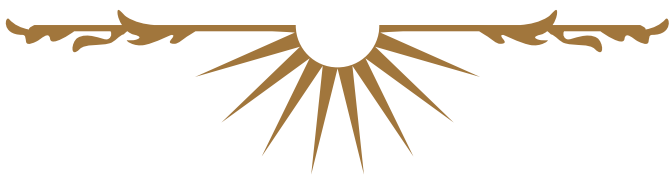
«[...] es necesario oponer al invasor la mayor resistencia posible, aprovechando de los obstáculos naturales y tratando de hacer comprender al enemigo, que, aun después de nuestros desastres, es el Perú bastante terrible para el que pretenda humillarlo»



Andrés A. Cáceres
Jefe superior, político y militar de los departamentos del Centro del Perú
Jauja, 27 de abril de 1881



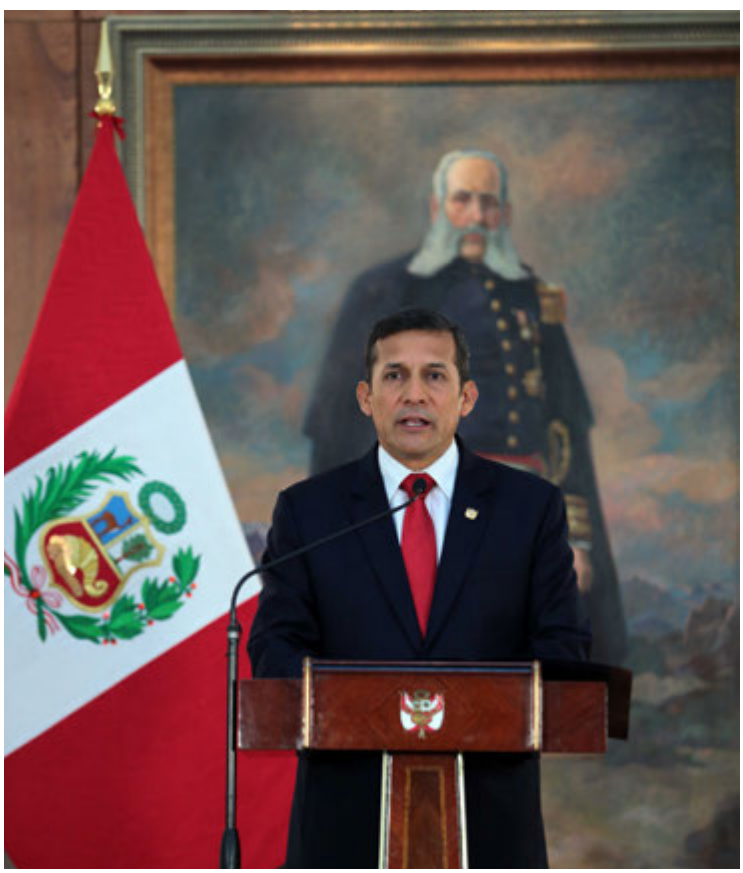
PRESENTACIÓN



Cáceres: La virtud militar

Desde muy temprano Cáceres no solo es testigo sino actor de la historia. Inicia su carrera militar en un periodo marcado por enormes desafíos para la joven República peruana. Al momento de recibir su despacho de subteniente en 1855, el Ejército mantenía vigentes las ordenanzas militares promulgadas por el rey Carlos III en 1768 y continuaba estructurado en torno a milicias que profesaban lealtades regionales. La vida nacional se caracteriza por la violencia, los ensayos constitucionales y la experimentación política.

En este contexto de transición, batallones como el Ayacucho o el Pichincha, que integra el joven Cáceres, demostrarán ser elementos cruciales para mantener el orden y la cohesión del país. No en vano Jorge Basadre sostiene que si el Perú no se disolvió o parceló fue fundamentalmente por el Ejército. Sus distinguidas actuaciones en la campaña del Ecuador (1859-1860) y en el combate del Dos de Mayo, al mando de una batería de artillería en el emblemático fuerte Ayacucho, atestiguan el rol que cumplió en las pugnas que delimitan las fronteras del territorio patrio luego de las guerras de independencia. Su decidida oposición al golpe de Estado de Tomás Gutiérrez en 1872, siendo ya teniente coronel en el retiro, define a Cáceres como el ciudadano con capacidad combativa para librar batallas en defensa de la República y en cautela del orden constitucional.

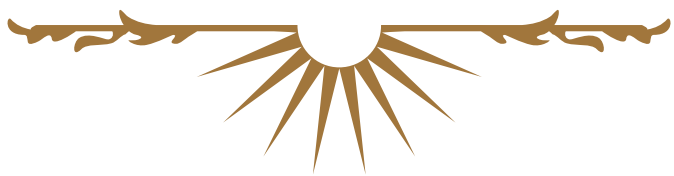


Ollanta Humala Tasso
Presidente de la República

Los acontecimientos de la Guerra del Pacífico cambian por completo la vida de Cáceres. Se trata de la primera guerra nacional que enfrenta el país. Combate incansablemente en Pisagua, San Francisco y Alto de la Alianza. Lidera la carga de infantería en la quebrada de Tarapacá al mando del glorioso Zepita, conformado mayoritariamente por indígenas. A pesar de las carencias de armamentos y pertrechos, ofrece batalla en San Juan, Chorrillos y Miraflores. Se impone la tarea de resistir. Plantea con éxito una guerra asimétrica, anticipándose a su tiempo. Bajo su liderazgo, cohesiona hombres de las distintas provincias de los Andes peruanos en la campaña de La Breña. Sus hazañas en Sangrar, Pucará, Concepción, Huaripampa y Huamachuco lo hacen el gran general del siglo XIX. Nunca se rindió.

Cáceres cristaliza las virtudes que deben poseer los líderes militares desde los tiempos de Alfonso el Sabio: inteligencia natural, esfuerzo, sabiduría y lealtad. Encarna las mejores tradiciones del oficial peruano. Demostró que la valentía no era la firmeza de las piernas ni de los brazos, sino la del vigor y la del alma. Siempre supo señalar hacia dónde debía apuntar el filo de su espada.

HOMENAJE





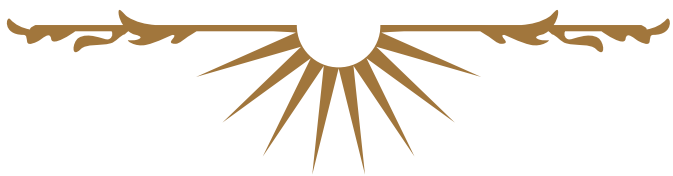
Pedro Cateriano Bellido
Ministro de Defensa

En el curso de su carrera militar, fue ejemplo de preparación constante; por ello pronto demostraría ser estratega excepcional.

Su coraje en el campo de batalla fue de consistente impacto en la formación de oficiales y soldados. Sus dotes de conductor le valieron ser reconocido como adalid irremplazable, llegando a ser su figura un ícono popular.

Al no darse por vencido cambió el curso de nuestra historia. De los innumerables aspectos de su personalidad, dignos de eterna memoria, su inacabada capacidad de resistencia continúa modelando el temple de las generaciones peruanas que lo siguen imitando.

PRÓLOGO





Ronald Emilio Hurtado Jiménez
General de Ejército
Comandante General del Ejército del Perú

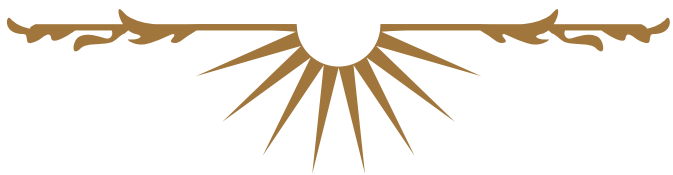
Impulsar la decisión de difundir la vida del Mariscal del Perú, Andrés Avelino Cáceres, a la comunidad es una magnífica oportunidad que nos permitirá mostrar las diferentes facetas de un personaje entrañable y emblemático sobre el que se ha consolidado en gran medida el Ejército del Perú. Reconocer la vida de Cáceres, del incansable soldado que nunca se rindió, no solo anima y compromete, sino que además enorgullece. Es el ejemplo del peruano que luchó en todas las batallas y posteriormente se levantó con valentía después de la infausta Guerra del Guano y el Salitre para la reconstrucción nacional. Sin duda, símbolo del honor y la resistencia en defensa del territorio patrio.

El talento de Cáceres, que hizo posible acciones militares donde todos las creían imposibles, ha dejado una profunda huella en la historia no solo del país, sino también en el ámbito internacional. La audacia de sus operaciones militares ocasionó temor en el enemigo y fue el mayor impedimento para que este tomara posesión de los territorios de la sierra peruana. Durante dos años y ocho meses, desde abril de 1881 hasta octubre de 1883, el Ejército chileno dedicó todos sus esfuerzos para neutralizar las acciones de Cáceres y sus breñeros, objetivo que no pudo alcanzar al final.

El legado de Cáceres se materializa en los valores y virtudes que lo convirtieron en un hombre a carta cabal; leal en los momentos de adversidad, modesto en la victoria, humano con sus subordinados e implacable con sus adversarios, pero ante todo un soldado que supo pronunciar «nadie tiene razón si está en contra del Perú», inconmensurable lección para las generaciones futuras.

Por ello, quisiéramos que la figura de uno de los héroes que ha infundido un sentimiento único de peruanidad en el Ejército del Perú se convierta en el paradigma que impulse a nuestra sociedad hacia su progreso y desarrollo. Es la imagen de la fuerza y el valor indoblegable que necesitamos para que juntos todos los peruanos podamos seguir adelante en el camino del engrandecimiento de la patria.

RECONOCIMIENTO





Javier Manzanares Gutiérrez
Presidente de Telefónica del Perú

Esta edición sobre el mariscal Andrés Avelino Cáceres es una contribución de Telefónica para difundir la vida y las acciones de este insigne peruano, que es ejemplo y legado histórico de la nación.

La estupenda obra que presentamos recoge el trabajo y la inspiración de destacados investigadores e historiadores sobre las proezas y el valor de este extraordinario jefe militar. El mariscal Cáceres y sus célebres campañas en los Andes son ejemplo de audacia y estrategia no solo en el Perú, sino también entre los estrategas militares en el mundo.

Telefónica se complace en entregar este cuidadoso aporte gráfico que destaca la lucha heroica del líder que defendió y se erigió en símbolo de esperanza y fe de su pueblo.

Es para nosotros un alto honor compartir con el Ejercito del Perú y la Legión Cáceres el homenaje y el testimonio sobre el mariscal Cáceres, cuya entrega al país en momentos difíciles es inspiración permanente para las nuevas generaciones.



CONTENIDO

I	EL HOMBRE Y SU VOCACION MILITAR	20
II	LA GUERRA DEL GUANO Y EL SALITRE	54
III	CAMPAÑA DE LA BREÑA	85
IV	RECONSTRUCCIÓN NACIONAL	109
V	HÉROE Y PERSONA	126
VI	TESTIMONIOS	154
	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	168

El Ejército del Perú dedica especial atención a incentivar la creación de una conciencia nacional a través del conocimiento de nuestro pasado histórico militar. Esta función se cumple a través de asociaciones militares, la Dirección de Museos y la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú (CPHEP), cuya misión es perennizar los hechos del pasado, conservar las tradiciones castrenses y exaltar al espíritu patriótico nacional.

Bajo el mismo derrotero el Ministerio de Defensa ha impulsado la conservación del patrimonio cultural y la renovación iconográfica de las Fuerzas Armadas.

Con la publicación de esta obra, el Ministerio de Defensa y el Ejército ponen en relieve la ejemplar vida de un personaje fundamental de nuestra historia: Andrés A. Cáceres, cuyo legado moral de coraje, compromiso y amor a la patria, es necesario dar a conocer a todos los peruanos.

Fotografía de la carátula:
Andrés Avelino Cáceres. Oleo de Bill Caro (2014)
Colección Ministerio de Defensa
Foto: Daniel Giannoni

«Él solo hizo la tarea de muchos hombres. Fue como la proa de una nave que caminara aunque fuese mutilada. Los harapos de sus soldados brillaban como una bandera al sol. Parecía este puñado de hombres llevar la patria en brazos. Y hubo momentos en que pudo decirse que en el Perú no relucía oro de más quilates que la espada de Cáceres».

Jorge Basadre Grohmann
Historiador
Historia de la República del Perú



CAPÍTULO I

El hombre y su vocación militar

La vida de Andrés A. Cáceres coincide con la época del caudillismo y las revoluciones. Continuas guerras internas y externas configuraban al Perú como una nueva forma de Estado. En este contexto aparece el joven Andrés, manifestando muy temprano una comprometida vocación militar. A partir de ahí será como una centella y justo en el momento más trágico de la historia del Perú, la Guerra del Guano y el Salitre, la figura del hombre que desafía al enemigo invasor se alzará con audacia, mostrando un carácter genial.



Coronel Andrés A. Cáceres Dorregaray.
Óleo: Bill Caro (2014)
Colección privada.

Protagonista de la historia

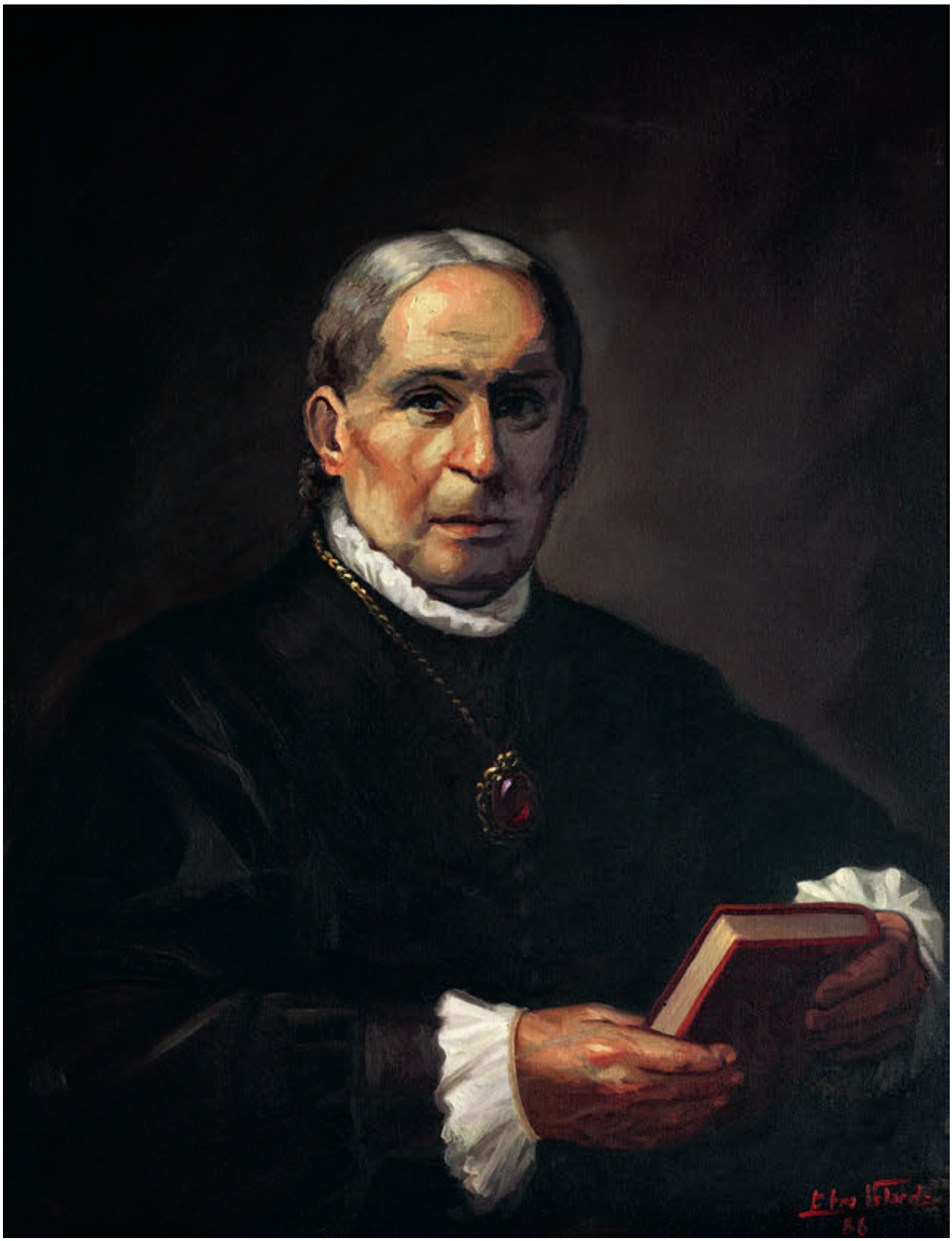
Se reconoce y festeja que Andrés A. Cáceres nació en Ayacucho el 10 de noviembre de 1836. Sus padres fueron doña Justa Dorregaray Cueva y don Domingo Cáceres Oré, hijo del conocido caballero español Tadeo Cáceres. Sin embargo, es conveniente rescatar que el historiador Jorge Guillermo Leguía destaca en su documentada obra *Centenario del mariscal Andrés A. Cáceres* que según Hortensia Cáceres, hija del héroe, sus nombres eran Andrés Alfredo y que vino al mundo el 4 de febrero de 1833, pero que «como firmaba Andrés A., sus compañeros de armas creyeron que la mayúscula segunda correspondía a la inicial de Avelino, y lo celebraron siempre el 10 de noviembre, el día en que la Iglesia conmemora a San Andrés Avelino».

De lo que no existe ninguna duda es que ambas familias provenían de antiguos terratenientes, por lo que el hogar Cáceres Dorregaray poseía importantes haciendas dedicadas al cultivo de la tierra. Don Domingo Cáceres demostró abierta simpatía por la causa libertadora e incluso suscribió el acta de la Independencia en Lima.

La familia materna decía descender, en línea directa, de la mítica Catalina Huanca. La tradición familiar sostenía que, cuando los españoles llegaron al Perú y fue capturado el inca Atahualpa, Francisco Pizarro se acercó al curaca de Huancayo, quien fue uno de los primeros en reconocer el nuevo orden a condición de que se respetasen sus privilegios



Huamanga, Ayacucho, alrededor de 1830. Cuna del héroe y la ciudad más importante de la época después de Lima.
Leonce Angrand, *Imagen del Perú en el siglo XIX*, 1972.
Colección: Familia Fernández Baca.



Doña Justa Dorregaray Cueva, madre de Andrés. La tradición oral sostiene
que descendía de la legendaria Catalina Huanca.
Óleo: Etna Velarde (1986).

y los de sus descendientes, incluso aceptó que el conquistador bautice a una de sus hijas con el nombre de Catalina Apu Alaya.

Años más tarde, Catalina se convertiría en la heredera del título y de las riquezas de los huancas. Se caracterizó por su espíritu filantrópico, donó terrenos y dinero para construir iglesias y hospitales. Tal era su cariño por los más pobres que cuando Catalina Huanca, como se hacía llamar, se trasladaba de Huancayo a Lima, lo hacía escoltada por cientos de indígenas y mulas cargadas de oro y plata, siendo recibida con honores en cada pueblo, pues repartía sus riquezas entre los menos favorecidos.

Estas tradiciones inculcaron en Andrés Cáceres un profundo orgullo por sus raíces culturales. Durante la campaña de La Breña, la tradición oral sostiene que Cáceres convenció a las comunidades de la sierra central hablándoles en quechua sobre la patria y moviéndolos para que se incorporen a su ejército con un eficaz testimonio: «Por mis venas corre la sangre de Catalina Huanca».

Después de Lima y Cuzco, Ayacucho, la cuna del futuro héroe, era el departamento más importante del país. Desde 1677, era sede de la Real y Pontificia Universidad San Cristóbal de Huamanga, fundada por el obispo Cristóbal de Castilla y Zamora, y allí se había sellado la independencia de América en 1824. Asimismo, su profunda religiosidad quedaba evidenciada en sus 34 iglesias, donde encontramos un estilo arquitectónico propio de la ciudad, que se originó en el siglo XVI y se proyectó en el tiempo. Huamanga, a 15 años de fundada la República, aún conservaba viejos rezagos virreinales.

«Estas tradiciones inculcaron en Andrés A. Cáceres un profundo orgullo por sus raíces culturales».

Su cercanía al Ande peruano

Al depender de la actividad agrícola, la familia Cáceres Dorregaray se trasladaba constantemente entre su casona ayacuchana y las haciendas de su propiedad, por lo que los primeros años de la infancia del pequeño Andrés transcurrieron compartiendo y alternando con niños indígenas, llegando a dominar el quechua y, en especial, a interiorizar un verdadero afecto por los pobladores del Ande peruano, comprendiendo su particular psicología y cosmovisión.

Este trato de los primeros años le permitió entender el alma indígena, virtud que le sería tan útil en sus campañas y combates militares. Al respecto, Cáceres relata en sus *Memorias de la Guerra del 79* lo siguiente:

> «Un día llegó a mi campamento de Andahuaylas un *indiecito*, armado con su rejón, en mi busca, mandado por las comunidades de Ayacucho. Encontrábame en la puerta de la comandancia con algunos jefes, cuando se me acercó el indiecito, y, expresando su sorpresa al verme, me besó la mano y, con voz conmovida, díjome en quechua: 'Taita, te creíamos muerto. ¿Nos has abandonado? Pero ya nos tranquilizaremos, porque de nuevo apareces como el sol después de noche oscura'. Esta manifestación la hizo en términos tan patéticos, que me conmovió hondamente hasta el punto de nublar mis ojos de lágrimas; los jefes que me acompañaban, tampoco pudieron disimular su emoción. Le abracé con el cariño que siento por esta raza noble e infeliz, que por centenares estaba dando héroes a la patria, e hice que descansara y se le atendiese con los alimentos de mi escasa mesa».

Basadre apunta que el dominio del quechua y su valentía permitieron que «el guerrero se volviera un caudillo». Debe agregarse que los habitantes de los Andes le llamaban *taita*, que significa 'padre', 'señor'; voz que curiosamente no deriva del quechua, sino del latino 'tata' que significa padre, unido a la expresión vascuence 'aita', que también identifica padre y que fue plenamente asimilada por el quechua tal como lo sostiene Martha Hildebrandt.

Alberto Tauro del Pino, en *Breve biografía del mariscal Andrés A. Cáceres,* sostiene que Cáceres recibió las primeras lecciones en su casa o tal vez en la escuela de primeras letras que regentaba por esos años el profesor Antonio Riofrío. Luego, estudió en el Colegio de Ciencias de San Ramón de Huamanga y tuvo un fugaz paso por la Universidad San Cristóbal de Huamanga. El destino le tenía reservado un lugar en la Historia.

La identificación de Cáceres con el poblador del Ande peruano fue un factor decisivo para la participación de los indígenas durante la resistencia.



Cáceres aprendió a compartir y alternar con niños indígenas, llegando a dominar el quechua e interiorizar un verdadero afecto por los pobladores del Ande.
Fotografía: Archivo Martin Chambi Cuzco, Perú (1934)

Conociendo al ser humano

En la biografía sobre Cáceres publicada por el diario El Comercio, el 6 de enero de 1886, encontramos una interesante descripción de sus cualidades y condición: «Es, en lo físico, el general don Andrés A. Cáceres hombre de elevada estatura y airosa planta; esbelto y musculoso y, por consiguiente, ágil y fuerte. Su resistencia para soportar todo género de privaciones y llevar a caballo y aun a pie, las más forzadas marchas, tocan en lo increíble».

La biografía periodística de *El Comercio*, escrita con el deseo de mostrar la admiración popular a la enérgica y patriótica figura de Cáceres, nos dibuja a un personaje recio, con las costumbres y preferencias del hombre andino. En otro párrafo, podemos leer: «Un puñado de maíz tostado o cancha, un pedazo de carne seca por el sol o por la helada, simplemente puesta por breves momentos al calor de las brasas y aún a veces, no más que unas cuantas papas endurecidas por el frío (chuño) e imperfectamente cocidas; un poco de agua puesta a hervir con algunas hojas de coca; bastan para conservar, en todo su vigor, esa organización de hierro, a la que dañan, más bien que favorecen, los apetitosos manjares de la buena mesa».

Otro documento periodístico que nos permite conocer la dimensión de nuestro personaje es la entrevista que brinda Hortensia, la hija mayor de la pareja Cáceres Moreno, quien ya anciana se permite un diálogo con el diario *La Crónica*, el cual fue publicado el 13 de mayo de 1954. En el importante testimonio encontramos la imagen de un padre tierno y gentil: «Papá era fino, exquisito en su trato, muy recto; pero alegre, elegante con las damas. Sus palabras más fuertes eran 'carácter' y 'cangrejo'. Se enternecía mucho con la música de la sierra... quería bastante la música de nuestro pueblo, a pesar de no dejar la música clásica, pues cuando estábamos en Berlín íbamos a la ópera y escuchábamos a Wagner. El baile le encantaba y era muy galante con las damas».

Aunque las historias sobre la cercanía de Cáceres con los hombres del Ande han llegado hasta nuestros días a través de tradiciones orales y testimonios, para configurar a un personaje casi mítico, es interesantísimo leer –en la misma entrevista– cómo Hortensia describe los encuentros de su padre con los indígenas peruanos:

«Su resistencia para soportar todo género de privaciones y llevar a caballo y aun a pie, las más forzadas marchas, tocan en lo increíble».



Una de las pocas imágenes en las que se registra a Andrés A. Cáceres muy joven y vestido de civil.
Colección: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.

«Los guerrilleros tenían una adoración única por papá. Los indios del Perú tenían culto por Cáceres. Le llamaban 'taita'. Él era un compañero para ellos y sufrían igual. Sobre ello les voy a contar algo curioso. Una vez que estuvimos en Huancayo en la casa de doña Bernarda Piélago, residencia aristocrática que solo era pisada por lo más granado y rancio de la región, resulta que los guerrilleros se presentaron en la casa para saludar a su 'taita', pero, como era de imaginarse, la dueña de la mansión no los dejaba entrar.

Al fin, a ruegos de papá, entraron... Parecía una escena de Luis XIV; los indios se quitaban el sombrero y saludaban ceremoniosamente y luego corrían a arrodillarse ante papá y le besaban la mano; entonces, molesto pero cariñosamente, papá les decía: 'Katariychis, manan charicca, ccaripacha kconccoricunanchu kay ccapas', que en buen castellano quería decir: 'Levántense: un hombre nunca se pone de rodillas'. Papá hablaba con sus indios en quechua y se entendían muy bien».



La imagen de Cáceres sobre su caballo «El Elegante» durante la batalla de Tarapacá en 1879.
Óleo: Etna Velarde (1969).
Colección: Ministerio de Cultura.Salón Cáceres, Ministerio de Defensa.

Su vocación militar

En 1854 el Perú se debatía en una crisis política. En Arequipa, un pronunciamiento del general Ramón Castilla contra el gobierno de José Rufino Echenique evidenciaba el descontento de un sector del país frente a los excesos de la «consolidación», acto que había sido concebido para el pago a personas o familias de las deudas internas acumuladas por el Estado durante las guerras de independencia y el caudillismo militar. En ese momento la discusión también se centraba en torno a la abolición de la esclavitud y el tributo indígena. Motivado por estos ideales, Cáceres abandona la universidad y el 13 de mayo de 1854 se enrola con el grado de subteniente en el batallón Ayacucho, unidad de infantería organizada por el general Fermín del Castillo.

Los primeros días de julio, Castilla llegó a Ayacucho y el 5 de ese mes decretó la abolición del tributo indígena. Ello fortaleció la admiración de Cáceres por Castilla y evidenció el respeto que sentía por los indígenas y el vínculo que fue forjando con ellos durante su carrera militar. Entendió mejor que nadie sus cualidades innatas para el combate, aún en situaciones de desventaja total. Conocía sus penas y alegrías. Hablaba quechua y muchas veces compartió con ellos frugales ranchos de cancha y chuño. Por esa razón, a su debido momento, supo motivar en su tropa entrega y compromiso por la causa de la patria.



El héroe: Andrés A. Cáceres.
Oleo: Aguirre Jaramillo (1921)
Colección: Museo Cáceres.

«Basadre reconoce en Cáceres su habilidad y acierto para 'juntar tropas, adiestrarlas, conducirlas y volverlas a reunir; obtener hombres, fusiles, bayonetas, municiones, uniformes, acémilas, cuchillas, hondas, rejones'».



Los ideales de igualdad y abolición del esclavismo propugnados por el presidente Castilla fueron para Cáceres motivadores para que se enrole en el Ejército.
Óleo: Raimond Quinsac Monvoisin (1845)
Colección: Congreso de la República.

Primeros años en el Ejército

Participó como subteniente en La Palma (1855), ya era general de brigada en Huamachuco (1883) y general de división en 1886. Finalmente, como él registra en sus memorias: «Treinta y tres años después de haber logrado el grado de general de división, la Asamblea Nacional, a propuesta del egregio mandatario señor Augusto B. Leguía, me confiere por unanimidad la alta dignidad de Mariscal del Perú». Culminó así su carrera militar descubierta un buen día en Ayacucho ante el magnetismo de Ramón Castilla.

En la efigie que hace el historiador Jorge Basadre de Cáceres resalta esa habilidad instintiva que tienen los grandes guerreros para unir el arrojo y la valentía personal con la previsión de los medios y recursos de los que se valen para realizar sus acciones. Por ello, Basadre reconoce en Cáceres su habilidad y acierto para «juntar tropas, adiestrarlas, conducirlas y volverlas a reunir; obtener hombres, fusiles, bayonetas, municiones, uniformes, acémilas, cuchillas, hondas, rejones».

En octubre de 1856, Cáceres se encontraba en Lima y asistió a la promulgación de la Constitución liberal de ese año y cuando estalló en Arequipa la revolución de Vivanco contra dicha Constitución, fue destacado a Tacna para impedir que los desórdenes se extendieran a dicha ciudad. Allí demostró responsabilidad y entrega en el cumplimiento de la misión asignada. Fue ascendido a teniente efectivo en junio de 1857 y a capitán en enero de 1858.

De inmediato fue destacado a marchar sobre Arequipa y participó en su asedio al mando del mismo Ramón Castilla. Allí, nuevamente se distinguió por su valor. Cuando el presidente Castilla decidió tomar la ciudad, encargó al flamante capitán abrir brecha en las posiciones de los sitiados y avanzar hasta la iglesia de San Pedro, colocar allí la bandera de su compañía para alentar y orientar el ataque de las tropas gobiernistas.

El capitán Cáceres perdió la tercera parte de su gente, pero plantó la bandera en el sitio indicado. Cumplida la misión, se dirigía con su columna a desalojar a los parapetados en la iglesia de Santa Marta, cuando una bala lo hirió en el párpado inferior de su ojo izquierdo y salió por la oreja. Por la gravedad de sus heridas lo dieron por muerto, pero los encargados de recoger los cadáveres después de la batalla se dieron cuenta de que estaba vivo y le brindaron los auxilios oportunos. El 6 de marzo de 1858 le otorgaron el grado de capitán efectivo.



Con la promulgación de la Constitución liberal de Castilla en noviembre de 1860,
Vivanco dirige una revolución en contra de la Constitución en Arequipa.
Cáceres es destacado a Tacna para impedir que los desórdenes se extiendan a esa ciudad.
Colección: Museo Electoral y de la Democracia, JNE.

El viaje a Francia

Cuenta la tradición que al visitarlo el presidente Castilla en el hospital le dijo premonitoriamente: «Herida grave, muy grave, que no es mortal. Dios lo reserva, sin duda, sí, lo reserva para grandes cosas». Restablecido de sus heridas, se reincorporó a su unidad, donde sus amigos lo bautizaron con el apodo de «El Tuerto».

Esta experiencia le dio prestigio y fama de valiente, la que se incrementó durante el conflicto con Ecuador de 1859. Con la herida aún sin cicatrizar, Cáceres viajó al norte, donde el presidente Ramón Castilla había establecido su cuartel general. Allí ordenó que 25 cazadores de la 2ª compañía del batallón Ayacucho, al mando del capitán Cáceres, le sirvieran de escolta. Solucionado el conflicto pacíficamente y firmado el Tratado de Mapasingue, las fuerzas expedicionarias retornaron a Lima. En esta ciudad el capitán Cáceres continuó dedicado a la instrucción de su compañía y a la forja de la cohesión y eficiencia de sus hombres.

En 1862, el gobierno del presidente Castilla decidió nombrar al capitán Cáceres ayudante de la legación peruana en Francia. El objetivo era enviarlo, además de cumplir su misión diplomática, para que conociera los adelantos en la ciencia militar, así como los cambios en la estrategia y la táctica. Pero también para que los cirujanos de ese país le trataran la herida de su rostro.



Cáceres es enviado a Francia para entrenarse en los adelantos en la ciencia militar y para tratar la herida de su rostro. Grand Place de Lille, Francia. Grabado de Meunier. Siglo XIX.

Una resolución ministerial publicada en *El Peruano* del 18 de enero de 1862 daba cuenta de ello:

> «Con fecha 11 del presente se ha servido S. E. el Presidente nombrar adjunto a la legación de la República en Francia al capitán de infantería del Ejército Don Andrés Cáceres».

No se tienen detalles de su actividad en París, pero, según su temperamento, es bastante probable que hubiera dedicado buen tiempo a leer y capacitarse en las técnicas de infantería, que estaban en pleno desarrollo en Francia. Permaneció en la Ciudad Luz 19 meses, del 18 de enero de 1862 al 10 de agosto de 1863. Allí, además de someterse a diversos tratamientos médicos, cumplió funciones como adjunto a la legación peruana encabezada por Pedro Gálvez. A poco de su regreso al Perú, fue destacado al batallón Pichincha N° 3, que se encontraba en Huancayo, y el 10 de diciembre de 1863 fue ascendido a sargento mayor graduado.

«El objetivo era enviarlo, además de cumplir su misión diplomática, para que conociera los adelantos en la ciencia militar».

La guerra con España

Era el 2 de mayo de 1866 y las pacíficas aguas de la bahía del Callao se agitaron con violencia. La madrugada de ese día, según el *Parte Oficial del glorioso Combate del Dos de Mayo de 1866,* de Fernando Casós, «los buques de la escuadra española en el cabezo de la isla de San Lorenzo atizaban sus fuegos para atacar al puerto del Callao».

Las inmensas riquezas generadas por la comercialización mundial del guano peruano avivaron los latentes deseos del reino de España para «recuperar sus posesiones» en América y así, restaurar su vieja política colonial. La prueba es que, a pesar de que la independencia peruana se selló en Ayacucho en 1824, fue recién en 1853; es decir, 29 años después, cuando España se dispuso a reconocerla. No obstante, quedaba una ventana aparentemente abierta: España exigía el pago de la deuda que el Perú había reconocido en la Capitulación de Ayacucho.

Esa ventana pretendió ser transpuesta a partir de agosto de 1862, cuando desde la Península Ibérica partió una llamada «Expedición Científica Española», integrada por cuatro buques de guerra: las fragatas *Resolución* y *Triunfo* y las goletas *Vencedora* y *Covadonga*. La poderosa flota bélica era superior a las principales armadas del Perú y Chile. La más fuerte de ambas era la peruana: tenía dos fragatas de madera, pero de inferior potencia artillera que las españolas. Chile solo poseía *La Esmeralda*, una corbeta de madera inferior a las dos fragatas españolas, y ligeramente superior a sus goletas.

El 4 de agosto de 1863, mientras la «Expedición Científica Española» navegaba por las costas del departamento de Lambayeque, se produjo un incidente en la hacienda Talambo, de propiedad de Manuel Salcedo. Cuarenta peruanos fueron desafiados a pelear por peones vascos afincados en la hacienda. Resultado: dos muertos, un peón español, un peruano y dos heridos por bando.

«El Gobierno español no aceptó esta explicación y, por el contrario, adujo que la muerte del peón español era una afrenta».

A los pocos días de ocurrido el incidente de Talambo, el Gobierno peruano informó a las autoridades españolas sobre esos hechos, subrayando que no tenía ninguna responsabilidad; sin embargo, ofrecía las disculpas respectivas y una solución armoniosa. No obstante, el Gobierno español no aceptó esta explicación y, por el contrario, adujo que la muerte del peón español era una afrenta. En abril de 1864, los buques de la denominada «Expedición Científica Española» ocuparon las islas guaneras de Chincha.

En respuesta, el Gobierno peruano pidió la inmediata devolución de las islas. Mientras tanto, los representantes españoles solicitaron a cambio una serie de «reivindicaciones».

En ese contexto, se iniciaron negociaciones entre nuestro país y España. Culminaron en enero de 1865 con el Tratado Vivanco-Pareja, por el cual el Perú pagaría una indemnización de tres millones de pesos y saludaba al pabellón español; a cambio, España devolvería las islas Chincha al Perú. El documento recogía únicamente los planteamientos de los españoles y el Gobierno peruano, presidido por el general Juan Antonio Pezet, se allanó totalmente a él. Ese acuerdo, al ser dado a conocer públicamente, por lo lesivo a nuestros intereses y humillante para nuestra dignidad fue rechazado por un mayoritario sector de la ciudadanía peruana.

Cáceres entra a escena

La oposición activa del sargento mayor Andrés A. Cáceres, así como sus permanentes críticas al gobierno del presidente Juan Antonio Pezet, por haber permitido la ocupación española de las islas Chincha por una ficticia «Expedición Científica Española», como por haber firmado el vergonzoso Tratado Vivanco-Pareja, tuvo gran recepción, especialmente en las provincias, donde el apoyo a los levantamientos de Prado y de Balta fueron más decididos. En respuesta, el gobierno de Pezet hostigó a Cáceres, al punto de que debió exiliarse en Chile para salvar su vida. Fue por muy pocos días, pues, junto con otros oficiales a su mando, consiguió regresar desembarcando en el puerto arequipeño de Mollendo.

Cáceres llegó a Arequipa, donde se incorporó al movimiento del coronel Prado. Destacado en el batallón Puquina N° 15, marchó al Cuzco y, siguiendo la ruta de Abancay-Andahuaylas, se dirigió a Ayacucho. Esta exitosa marcha le valió el ascenso a teniente coronel graduado el 3 de julio de 1865. Meses después, Cáceres ingresó triunfante a Lima con las tropas revolucionarias de Mariano Ignacio Prado.

Al ingresar a Lima, Prado derrocó a Pezet, implantando una dictadura bajo el modelo de la República romana. Durante este periodo Prado formó el «Gabinete de los Talentos», presidido por el abogado José Gálvez. Asimismo, estableció una alianza con Chile, a la que se adhirieron Ecuador y Bolivia. El 14 de enero de 1866, esta cuádruple alianza declaró la guerra a España. El 7 de febrero de 1866, la escuadra peruano-chilena batió a la española en el combate de Abtao. Como respuesta, Valparaíso fue bombardeada por los españoles, que luego enrumbaron al Callao con el deseo de atacarlo.



El presidente Mariano Ignacio Prado y su «Gabinete de los Talentos»: José Gálvez Egúsquiza, José María Químper, Manuel Pardo y Lavalle, José Simeón Tejeda y Toribio Pacheco y Rivero. Colección privada.

Combate del Dos de Mayo

La escuadra española llegó al Callao y el 25 de abril inició el bloqueo al puerto, que lucía totalmente abanderado. Solo circulaban soldados y pobladores peruanos con un unánime propósito: responder a cualquier agresión de parte de los españoles.

En la mañana del 2 de mayo de 1866, los buques de la escuadra española que se hallaban fondeados en la isla San Lorenzo levaron anclas y, presentando una desafiante formación en «V», enrumbaron hacia el Callao. Las fragatas *Numancia, Blanca y Resolución* se dirigieron a La Punta. Las fragatas *Berenguela y Villa de Madrid* se dispusieron en la zona norte del Callao; mientras que la fragata *Almansa* y la goleta *Vencedora* navegaban con la misión de atacar a los buques peruanos y agredir a la población chalaca.

En tierra, los defensores del puerto del Callao construyeron defensas desde el torreón de La Merced, en donde el ministro de Guerra, José Gálvez, se posicionó para dirigir el combate; luego, el fuerte Santa Rosa y la batería Chalaca, improvisada por el pueblo en menos de un día. En la zona de la mar brava se levantó la batería Zepita para evitar un posible desembarco.

En el mar, y a órdenes del capitán de navío Lizardo Montero, se hallaban los barcos peruanos *Loa, Victoria, Tumbes, Sachaca y Colón*. En La Punta se instaló para su defensa la batería Abtao, mientras que en la zona norte del Callao se contaba con la batería Independencia y la torre Junín.

La comandancia general de baterías del norte estaba a cargo del coronel José Joaquín Inclán González Vigil; en las defensas de este sector prevalecía la torre Junín y, bajo el comando de nuestro personaje, Andrés A. Cáceres, el fuerte Ayacucho, que tenía 46 soldados y 30 voluntarios, colocados cerca de la estación del ferrocarril. En el sector sur, a las órdenes del general Manuel González de la Cotera, las principales defensas eran el fuerte Santa Rosa y el torreón de La Merced.

A las 12 horas de ese día, *la Numancia* se puso al frente de las naves españolas y lanzó dos cañonazos. Los peruanos respondieron desde sus baterías del sur: Abtao, La Merced y Santa Rosa; y del norte: Independencia, Junín y el Cañón del Pueblo. *La Villa de Madrid* fue la primera baja española. Una granada le abrió un enorme boquete y perdieron la vida 13 hombres. Luego fueron seriamente averiadas la *Berenguela* y la *Blanca*. Un cañonazo de la artillería peruana acertó en la *Numancia* y ocasionó graves heridas a su comandante, Casto Méndez Núñez.

Después de cincuenta minutos de combate se escuchó una fuerte explosión en el torreón de La Merced: una granada de artillería le impactó matando a 27 combatientes, entre ellos al heroico ministro de Guerra, José Gálvez, y dejando 76 heridos. El combate duró cinco horas. A las dos de la tarde fue remolcada *La Villa de Madrid*, siguiéndole anegada *La Berenguela*, que navegaba recostada sobre su babor. Algo semejante ocurrió con la *Resolución* y el *Almansa*, que empezaba a incendiarse. Quedaban solo tres barcos hábiles en la flota española cuando se ordenó el retiro sin arriar la bandera de España.



La escuadra española inició el bloqueo al puerto del Callao en abril de 1866. En ese momento se patentizó la unión de civiles y militares.
Colección: Instituto de Estudios Histórico Marítimos del Perú.



Guerra contra España. Los buques de la «Expedición Científica Española» ocuparon las islas guaneras de Chincha.
Grabado. Colección: Brigada Naval Combatientes del Pacífico.

«En tierra, los defensores del puerto del Callao construyeron defensas improvisadas por el pueblo en menos de un día».





El cañón del pueblo, durante el combate del Dos de Mayo en 1866.
Colección: Brigada Naval Combatientes del Pacífico.

Vencedor del combate

La participación de Andrés A. Cáceres fue fundamental en el combate del Dos de Mayo. Su actividad estuvo cargada de gran energía y decisión, como consta en los documentos de la batalla. Desde el fuerte Ayacucho puso fuera de combate a dos fragatas españolas: *La Villa de Madrid* y *La Berenguela.*

Después del combate, los españoles desembarcaron en la isla de San Lorenzo para curar a sus heridos, enterrar a sus muertos y reparar las averías de sus barcos. Sin nada por hacer en el mar peruano, el derrotado Méndez Núñez levantó anclas y se retiró con sus barcos de regreso a España. Estas fueron las últimas pretensiones de tratar de intervenir en América del Sur independiente.

En el Callao los daños materiales se redujeron a la pérdida del torreón de La Merced, al desmonte de una batería, algunos daños en edificios e incendios, que pronto fueron extinguidos. La población no fue afectada. Con esta victoria, el Perú selló definitivamente la independencia de América del Sur. Fue un combate ganado por la población peruana. A la escuadra española no le quedó más que retirarse del océano Pacífico.

Solucionado el conflicto con España, Cáceres fue destacado a su natal Ayacucho, donde asumió la comandancia del batallón Cajamarca N° 10. Sin embargo, al poco tiempo decide retirarse del Ejército para trabajar en la hacienda familiar. Sobre esta época, Alberto Tauro del Pino comenta en su *Breve biografía del mariscal Andrés A. Cáceres*: «Reviviendo las jornadas campestres de sus años mozos, consagrose a la agricultura en las haciendas que sus mayores poseían en el valle del Pampas [...]. Sin apremios y morosamente volcado a la reflexión, corrieron los años en su agreste retiro andino e insensiblemente su lúcida madurez».



Durante el enfrentamiento del Dos de Mayo la población del puerto del Callao no fue afectada.
Colección: Instituto de Estudios Histórico Marítimos del Perú.

«Con esta victoria, el Perú selló definitivamente la independencia de América del Sur. Fue un combate ganado por la población peruana. A la escuadra española no le quedó más que retirarse del océano Pacífico».



En el Callao los daños materiales se redujeron a la pérdida del torreón de La Merced, y algunos daños en edificios e incendios, que pronto fueron extinguidos. Óleo. Colección: Museo del Ejército, Real Felipe.

La rebelión de los Gutiérrez

Corría el gobierno de José Balta, quien, tras hacer grandes inversiones públicas como puertos, caminos y en especial ferrocarriles, endeudó al Perú con la garantía del guano a través del contrato Dreyfus. Antes de finalizar su gobierno, decidió convocar elecciones, en que obtuvo el triunfo Manuel Pardo y Lavalle, el primer presidente civil del Perú y fundador del Partido Civil.

Mientras que la población civil miraba el próximo gobierno con ojos esperanzados, un sector militar mostró una cerrada oposición a los civilistas, pues estaba convencido de que en el gobierno serían un total fracaso. El coronel Tomás Gutiérrez y sus tres hermanos, Silvestre, Marcelino y Marceliano, también coroneles del Ejército, deciden levantarse en armas el 22 de julio de 1872. En este contexto, Cáceres regresa al ámbito político, oponiéndose al golpe de Estado de los hermanos Gutiérrez, y apoya con decisión al presidente electo, Manuel Pardo.

El respaldo al presidente Pardo le granjeó a Cáceres la confianza de los civilistas y en 1872 fue llamado a incorporarse de nuevo al servicio y se le entregó la subjefatura del batallón Zepita. Así, Pardo lo sacó del campo y lo reintegró al Ejército. Estando alojado el batallón en el cuartel San Francisco de Lima y aprovechando la ausencia del jefe, un grupo de sargentos promovió un motín, que fue rápidamente develado por Cáceres, lo cual le sirvió para que el mismo presidente le entregara la jefatura del batallón. Luego, para fortalecer la moral de sus soldados, el comandante Cáceres fue enviado a Tarma y Chanchamayo, donde los instruyó y disciplinó. Asimismo, inició una serie de obras, que hoy llamaríamos de acción cívica, reparó y abrió caminos e incentivó la colonización de la selva.

Estaba dedicado a esas tareas, cuando en 1874 estalló en Moquegua una revolución acaudillada por Nicolás de Piérola. Cáceres recibió la orden de marchar al sur con su unidad para contribuir exitosamente a sofocar la asonada. Esta acción le valió el ascenso a coronel graduado y, junto con su unidad, fue trasladado al Cuzco en 1875.

El matrimonio

A sus 40 años, Cáceres pidió licencia para regresar a Lima a contraer nupcias con Antonia Moreno Leyva, hija de Fulgencio Moreno y Agustina Leyva. Con 28 años de edad, Antonia pertenecía a una tradicional familia iqueña. El matrimonio fue consagrado en Lima en la parroquia de Santa Ana el 22 de julio de 1876. En el documentado estudio de Manuel Zanutelli *Andrés Avelino Cáceres, héroe de la resistencia*, se lee: «Desde hacía tiempo vivían juntos y eran padres de Lucila Hortensia, Zoila Aurora y Rosa Amelia [...]. Lucila Hortensia recibió el óleo y crisma el 2 de noviembre de 1869, de dos días de nacida; Zoila Aurora el 10 de mayo de 1872, de cuarenta y tres días; y Rosa Amelia el 3 de febrero de 1876, de dos meses y cinco días».

La residencia de la familia Cáceres Moreno se había instalado en la calle de San Ildefonso de los Barrios Altos, en Lima. Era una casona que Antonia Moreno había recibido como herencia. Allí transcurrieron los años sin zozobras ni sobresaltos para las niñas Cáceres Moreno. Hasta que en 1879 esta paz fue interrumpida abruptamente.



En julio de 1876 Cáceres contrae matrimonio con Antonia Moreno Leyva, joven perteneciente a una tradicional familia iqueña.
Óleo: Etna Velarde (s/f)
Colección: Museo Cáceres.



Antonia Moreno de Cáceres.
Óleo: Carlos Baca Flor.
Colección: Familia Sison de la Guerra.

Sin duda, los años de formación de Andrés A. Cáceres fueron atesorados en su real dimensión. Más tarde, la guerra develaría al mundo su energía vital y la ventaja competitiva que le daba proyectarse desde la posición del mestizo que valora, quiere y respeta al indígena que llevaba adentro: fuerte, orgulloso de su raza, altivo, pero con la sensibilidad suficiente para defender su territorio, encontrando en medio de la desgracia el genio y la estrategia para seguir adelante.



El Ande peruano es el escenario de la resistencia que dirigió Cáceres contra el Ejército invasor.

«[Cáceres] lució coraje, habilidad y señorío. Fraternizó
con los pocos bolivianos sobrevivientes tratando en
quechua al soldado indio del Cuzco o ayacuchano o
bromeando con el recluta negro
del Callao, ayudando al rezagado, compartiendo el
rancho y penurias, estuvo siempre en el más riesgoso
puesto de batalla
o en el repliegue. La Breña en verdad se forjó con las
glorias
y el martirio de Tarapacá».

Juan José Vega
Historiador
Historia de la República del Perú


CAPÍTULO II

La Guerra del Guano y el Salitre

Una serie de acontecimientos en cadena vislumbraba la proximidad de la guerra. El Perú, Chile y Bolivia se hallaban frente a la más grave crisis de su existencia republicana. El 5 de abril de 1879, la nación peruana despertó con la noticia de que estaba frente a un desafío trágico y complejo, cuyo costo económico y moral resultó irreparable. A pesar de la adversidad y la precaria organización, sirvió para mostrar el rostro de los peruanos más valerosos y valiosos. Uno de ellos resultaría rutilante desde el primer hasta el último día de la guerra, e incluso más allá: el coronel Andrés A. Cáceres Dorregaray.



Imagen del puerto de Iquique, cuando pertenecía al Perú.
Grabado: Atlas de Paz Soldán (1865)
Colección: Biblioteca Vargas Ugarte.

Larga travesía hasta Iquique

En 1879, el coronel Andrés Cáceres continuaba en el Cuzco y hasta allí llegaba el murmullo creciente de una nueva guerra. El 14 de febrero de ese año, fuerzas chilenas ocuparon Antofagasta como corolario de una crisis con Bolivia, lo que causó gran conmoción en el Perú. Las manifestaciones populares en contra de Chile no se hicieron esperar. La efervescencia bélica llegó a puntos bastante elevados; como nunca hubo un criterio de unidad nacional, pero, al mismo tiempo, el conocimiento de la realidad que debería enfrentarse era escaso en las altas esferas y nulo en la masa popular.

La previsión ante el inminente estallido del conflicto armado hizo que el gobierno de Mariano Ignacio Prado decidiera trasladar tropas al sur, a Iquique, provincia del recientemente creado departamento de Tarapacá (1878), que se constituiría en el teatro de guerra. El coronel Cáceres era prefecto del Cuzco con retención del mando del Zepita, con la experiencia a cuestas de sus 42 años de edad, inició los preparativos para el cumplimiento de un nuevo llamado a las armas. De inmediato, incrementó las plazas correspondientes a su unidad hasta alcanzar los 600 hombres y partió con ellos rumbo a Mollendo. Antes de abandonar la ciudad, dejó un centenar de hombres que servirían de núcleo para un nuevo contingente de tropas. Esta etapa fue enteramente llevada a pie y sin cabalgadura. El Cuzco se encontraba todavía en una situación de mediterraneidad. El ferrocarril del sur era un sueño lejano para la otrora capital del Imperio incaico y el periplo tomaba por lo menos un mes en completarse.

En Mollendo, junto al batallón Dos de Mayo, el Zepita de Cáceres conformó la Segunda División, al mando del coronel Belisario Suárez Desde allí, se embarcaron con dirección a Iquique sin mayores contratiempos, debido a que la guerra no se declaraba formalmente. Sería la última vez que verían a Mollendo en pie. Un año después, el 10 de marzo de 1880, junto a Mejía e Islay, sería saqueado e incendiado.

El viaje del Ejército del Sur hasta Iquique fue de aproximadamente 400 kilómetros. Terminó el 2 de abril. Al arribar al puerto, la Primera División fue designada para trepar la cuesta de Alto de El Molle, un tablazo desértico que se alza por encima de la ciudad y desde el cual se puede vigilar sin mucho esfuerzo el acontecer marítimo. A los tres días, apenas se declaró oficialmente la guerra, aparecieron en el horizonte los blindados *Blanco Encalada, Cochrane,* las corbetas *Esmeralda, O'Higgins, Chacabuco* y la cañonera *Magallanes*.

Se inició un despiadado bloqueo cuyo anuncio formal fueron tres cañonazos dirigidos a la máquina desecadora de agua, con la cual se proveía del vital líquido a la población. Los iquiqueños pasaron a estar sitiados en su tierra, racionados a un litro de agua al día. Además, desde este punto concéntrico, parte de la escuadra sitiadora hizo incursiones entre Mollendo y Antofagasta, destruyendo puertos y embarcaciones, para tratar de ahogar la economía del área de operaciones.

Esta precaria situación cambió de pronto, cuando el 21 de mayo aparecieron por el norte los blindados *Huáscar* y el *Independencia*. Cáceres y sus hombres comenzaron a ser espectadores de la inusual jornada de un combate naval. No se quedaron con los brazos cruzados. La *Covadonga* intentó pegarse a la playa para evadir al *Independencia* y Cáceres ordenó abrir fuego de fusilería para hostilizar su maniobra.



El general Mariano Ignacio Prado, quien enfrentó a la escuadra española en 1866, fue el presidente del Perú a inicio de la Guerra del Guano y el Salitre hasta su salida del país en diciembre de 1879.



"La Bandera" fue uno de los relatos evocativos que dan testimonio de la resistencia anónima del ejército y del pueblo peruano durante la guerra.
Acuarela: A. Sánchez Narváez.
J. Boix Ferrer, Ed. *Nuestros Héroes: Episodios de la Guerra del Pacífico, 1879-1883*, 3era serie
(Lima y Arequipa, 1903).

Luego, cuando por desgracia el *Independencia* encalló y sus náufragos empezaron a ser fusilados en plena mar, el coronel concurrió en su ayuda, enfrentándose desde la playa contra la tripulación enemiga. Su acción sirvió para salvar a un buen número de marinos. Al anochecer del 21 de mayo, cuando todo estuvo consumado y era evidente que, aunque el honor nacional estaba a salvo, nuestra nave más preciada estaba perdida para el resto de la guerra, Cáceres salió de su cuartel para saludar a Grau.

El almirante era un antiguo amigo suyo. Se quedó en el puerto hasta el 24 de mayo, en que partió a continuar con su épica campaña naval. Nunca más se volverían a ver. La ruptura del bloqueo permitió la llegada de más tropas a Iquique y que el presidente Mariano Ignacio Prado realizara una inspección ocular sobre los preparativos y se entrevistara con Cáceres.

El 20 de octubre de 1879, Cáceres envía una carta al presidente Prado refiriéndose al *Huáscar*, en la que dice: «El fracaso de nuestro infortunado *Huáscar*, si bien es cierto que nos ha causado una impresión profundamente dolorosa, no ha hecho más que retemplar nuestro espíritu por nada abatido, despertando en nuestro corazón con más ardor el odio mortal contra la infame Chile y el deseo de vengar a los mártires de la patria que han sucumbido en lucha desigual defendiendo nuestro pabellón».



Soldado del Batallón de Línea Cazadores del Cusco en 1879



Sargento de Infantería en la Campaña del Sur en 1879



Coronel en 1879



General de Brigada en 1884

Uniformes peruanos durante la Guerra del Guano y el Salitre.
Acuarelas: Rodolfo Parodi Guffanti
Colección: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.

San Francisco

Grau tuvo la pericia de mantener ocupada a la escuadra chilena hasta octubre, cuando finalmente el *Huáscar* sucumbió en el combate de Angamos. A ambos lados de la frontera, las fuerzas terrestres esperaban el desenlace naval para proseguir con su maniobra. El siguiente acto de fuerza se dio al amanecer del 2 de noviembre, con la llegada de una flota de 19 embarcaciones, entre barcos de guerra y transportes, a Pisagua.

Tras ocho horas de combate, y después de varios intentos de asalto anfibio fallidos, las fuerzas chilenas alcanzaron la cabecera de playa e iniciaron el desembarco de su material de guerra, apropiándose del ferrocarril. Esto obligaría a las divisiones peruanas a abandonar Iquique, pues el enemigo se encontraba dispuesto de tal manera que lo aislaba del resto del país, insertado como una cuña.

El general Juan Buendía y Noriega, jefe de los Ejércitos Aliados del Sur, ordenó trasladarse a Pozo Almonte (37 kilómetros), donde los aliados se agruparían para marchar hacia Dolores, lugar en el que los chilenos tenían concentrados 6.500 hombres desde el 10 de noviembre. El traslado, a través del desierto de Atacama, se realizó durante la noche, sin agua y pocos alimentos. Cáceres cuenta en sus memorias sobre este episodio:

«La primera noche recorrimos cuatro leguas del desierto que separa Pozo Almonte de Dolores. El 17 seguimos la marcha durante la mañana hasta Pozo Ramírez [de donde extraerían agua] y en la noche de este mismo día avanzamos hasta Negreiros, adonde llegamos al amanecer del 18. Se descansó aquí todo el día [...]. Caminamos toda la noche del 18 y al amanecer del 19 llegábamos a la loma de Chinquiquiray, desde donde divisamos tropas enemigas en la cima del cerro San Francisco».

Cáceres se encargaría de la reserva. Los otros dos escalones eran comandados por el general Pedro Bustamante y el coronel Manuel Suárez, al este y oeste, respectivamente. A pesar del ardiente desierto y a la magra experiencia del tránsito a pie bajo el sol sin piedad, el avistamiento del rival en la cumbre opuesta entusiasmó a los 7.400 soldados aliados.

Sin embargo, una vez que se inició el combate, la falta de integración en el campo de batalla hizo que se diera una serie de órdenes y contraórdenes que cortaron el avance. Pronto, cundió la sensación de desconcierto. Cáceres lo explica así: «Todas estas marchas y contramarchas, efectuadas en presencia y a tiro de fusil del enemigo, parece que le tenían perplejo, encerrándole en la más completa inactividad».

Las discusiones entre los aliados complicaron el panorama. A eso, hay que adicionar el hecho de encontrarse en pleno desierto y si existe una condición adversa para el soldado, esa es la sed. Una confusa situación inició la batahola y los disparos entre uno y otro bando se generalizaron. La batalla había comenzado sin quererlo. El plan original comenzó a cumplirse de la forma menos articulada que se pudiera esperar. Por su parte, los 30 cañones rivales comenzaron a hacer su trabajo con bastante precisión, deteniendo en varios sectores el avance peruano-boliviano.



El glorioso *Huáscar,* bajo el firme comando de Miguel Grau, mantuvo a la escuadra chilena alejada de las costas peruanas hasta su caída en el combate de Angamos.
Óleo: Etna Velarde (2013)
Colección: Comandancia General de la Marina de Guerra del Perú.



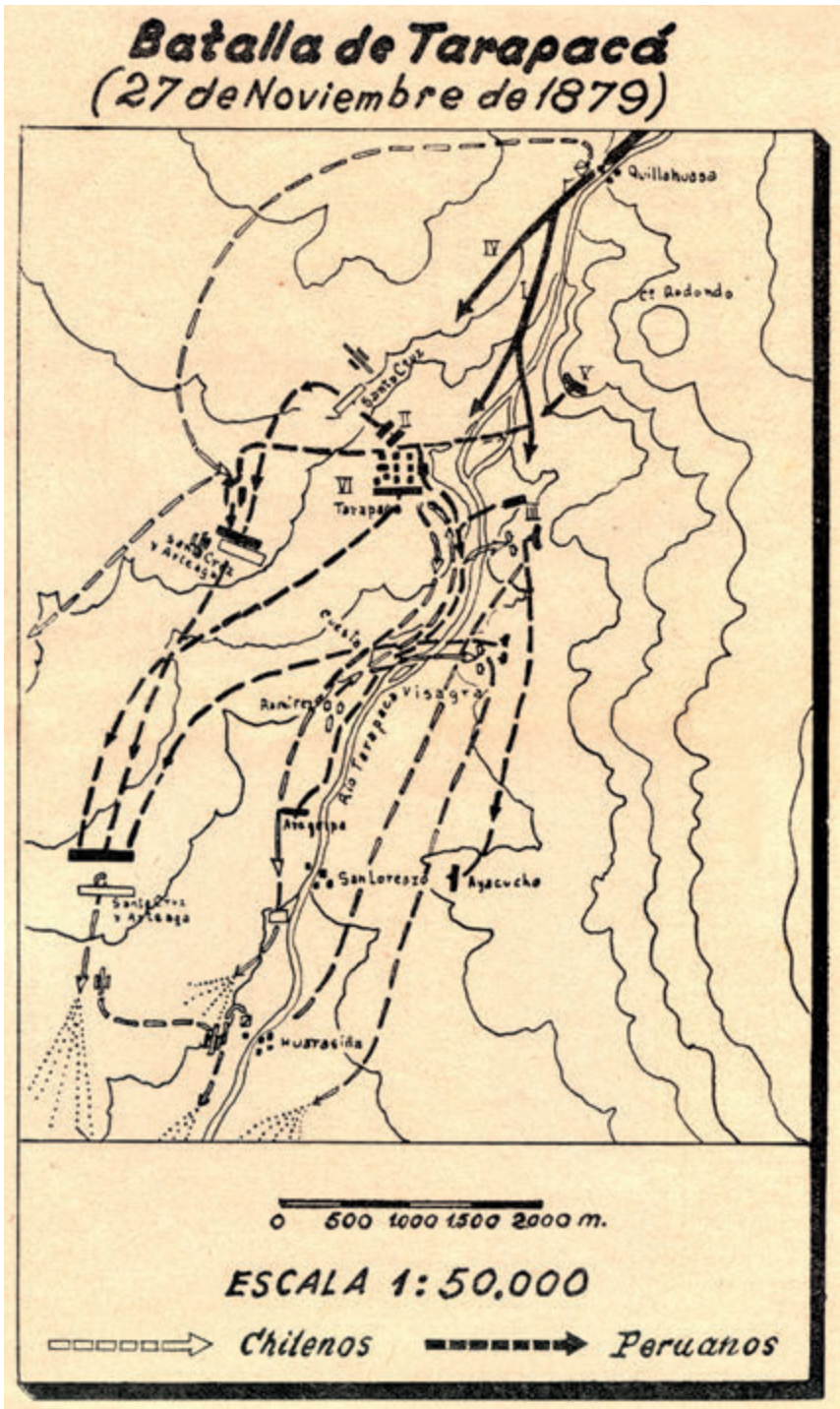
Batallón del Ejército boliviano en 1879. El Perú y Bolivia enfrentaron aliados al enemigo.
Colección: Brigada Naval Combatientes del Pacífico.

El desgobierno se generalizó. Unidades completas del lado boliviano iniciaron una retirada general. La visión del desastre fue completándose conforme la tarde fue avanzando; la frustración del coronel y sus zepitas les dio un trago amargo. Más tarde explicó: «La batalla de San Francisco, si bien no pasó de ser una acción táctica de escasa magnitud, tuvo, sin embargo, trascendentales proyecciones de carácter estratégico. Fue ciertamente un triunfo obsequiado por los aliados al enemigo común, pues en rigor no hubo derrota de las armas aliadas, sino que ellas mismas se causaron el desastre».

No pasarían muchos días para que el destino les otorgue la oportunidad de resarcirse, en Tarapacá.



Arrieros de la zona explican a oficiales peruanos el avance de tropas chilenas, horas antes de la batalla de Tarapacá. 27 de noviembre de 1879. *Episodios Nacionales 1879-1923*. Ernesto A. Rivas (1898) Colección: Renzo Babilonia.



Mapa de la batalla de Tarapacá. Vice comodoro Edmundo H. Civati Bernasconi, Oficial de Estado Mayor. Tomo II de su obra:
Guerra del Pacífico (1879-1883), (1946)
Colección: Renzo Babilonia.

Tarapacá: gloria de la infantería

Después de una escaramuza final en San Francisco que no cambiaría el curso de los acontecimientos y sin los aliados bolivianos que hubieran supuesto una fuerza respetable para mantenerse en el departamento, se decidió en un consejo de guerra sumario partir hacia Arica. Otra vez, empero, las carencias jugaron en contra. La falta de medios de orientación, de guías, y la espesa camanchaca, oscureciendo las dunas, los hicieron perderse en su intento de buscar el norte.

La caballería se había dispersado sin rumbo y los artilleros perdieron sus cañones en el avance. Para su espanto, al día siguiente, el propio Cáceres se dio cuenta de que no estaba muy lejos de los rivales enfrentados un día antes y que la propia neblina que los había perdido los salvó de ser descubiertos. Retornaron al sur. Otra jornada de 60 kilómetros los llevó a Tarapacá, adonde llegaron el 22 de noviembre.

Sería allí donde se escribiría una de las jornadas más gloriosas y épicas de las armas peruanas y, a la sazón, la muestra real de la valía de gente de la calidad de los coroneles Bolognesi, Herrera Zaconetta, Pastor Dávila, Morales Bermúdez, Alfonso Ugarte y el propio Cáceres. Casi sin munición, con el alimento escaso y descalzos, el panorama era el de una tropa solo de infantería sostenida en su moral y en el liderazgo personal de sus jefes. El día 27, muy temprano, estaban por emprender la marcha, cuando la voz de alerta de unos arrieros confirmó la cercanía del Ejército chileno, que intentaba emboscarlos.

En su desplazamiento hacia Iquique, los chilenos también se toparon con la carencia de alimentos y agua. Esa contrariedad, más un pésimo cálculo sobre la cantidad y la condición de tropas peruanas, hizo que la noche anterior tomaran la determinación de atacar aprovechando el factor sorpresa, el cual no dio resultado. La evidencia de su proximidad motivó la reacción peruana. Cáceres relata en sus memorias: «Ordené inmediatamente el fraccionamiento del batallón Zepita en tres columnas [...]. Mis bravos del Zepita y Dos de Mayo treparon todo lo rápidamente que fue posible la fragosa cuesta».

Los atacantes creyeron que al aparecer al filo del precipicio, hallarían al Ejército del Sur en una posición desventajosa. Al contrario, se dieron de bruces con los que creyeron sus víctimas. Se inició una batalla encarnizada, de idas y venidas, la cual duró la totalidad del día. Unidades de uno y otro bando se fueron plegando a la lucha conforme transcurrían las horas. El esfuerzo era tan monumental que, sin ponerse de acuerdo, a la una de la tarde ambos contrincantes se dieron una tregua para beber, reabastecerse de munición y atender a los heridos regados en el serpenteo del terreno.

Los refuerzos de la división Dávila, que apareció en el cenit de la contienda, decidieron la batalla de Tarapacá a favor peruano. La carencia de caballería no permitió una persecución más cabal. Perecieron 516 militares chilenos y 236 peruanos; entre estos el teniente Juan Cáceres, hermano menor del coronel. Si bien es cierto que la victoria fue un acicate a la moral peruana, pronto volvieron a la realidad. Debían atravesar cerca de 200 kilómetros hasta Arica, seguidos por heridos, mujeres y niños tarapaqueños que temían represalias. La larga y penosa marcha duró 19 días, arribando al puerto de Arica el 18 de diciembre.

«Los refuerzos de la división Dávila, que apareció en el cenit de la contienda, decidieron la batalla de Tarapacá a favor peruano».



La memorable batalla de Tarapacá, en la que Cáceres fraccionó al batallón Zepita en tres columnas para sorprender al enemigo, sobreponerse y vencer.
Óleo: Aguirre Jaramillo (1926)
Colección: Museo Cáceres.

El Alto de la Alianza

Apenas tres días después de la llegada de los restos del Ejército del Sur, en Lima, el 23 de diciembre de 1879, Nicolás de Piérola dio un golpe de Estado que reemplazó a Prado, quien el 18 de diciembre había anunciado que viajaba al extranjero y delegaba el mando en el vicepresidente La Puerta. Lo propio sucedió con el general Hilarión Daza, presidente de Bolivia, un alzamiento de sus oficiales en Tacna lo depuso y estuvo a punto de fusilarlo. En La Paz, Narciso Campero sería proclamado presidente el 5 de junio de 1880.

Una semana después de la llegada de Tarapacá, las noticias sobre el avistamiento de los barcos chilenos en las cercanías de Ilo inquietaron a los mandos aliados. Cáceres asistió a un reconocimiento del probable desembarco; sin embargo, fue obligado por orden superior a retornar a Tacna. Luego se enteró de la llegada del grueso del Ejército de Chile al puerto de Ilo, de la derrota peruana en Los Ángeles y supo que nuevamente se vería la cara con sus rivales en la pampa de Intiorco, al norte de Tacna.



Mapa de la batalla del Alto de la Alianza.
Vice comodoro Edmundo H.Civati Bernasconi,
Oficial de Estado Mayor.
Tomo II de su obra: *Guerra del Pacífico (1879-1883)*,
(Buenos Aires,1946)
Colección: Renzo Babilonia.



El legendario batallón Zepita que comandado por Cáceres escribió uno de los capítulos más intensos de la historia del Perú.



Oficiales del legendario batallón Zepita. Colección: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.



Fusil, sables y revólver utilizados por el Ejército peruano durante la guerra con Chile.
Colección: Museo del Ejército, Real Felipe.



Botones del Batallón de infantería Zepita N°2.
Colección: Museo del Ejército, Real Felipe.

Aunque inicialmente el planeamiento aliado tenía como perspectiva conducir una defensa en Sama, pronto la carencia de transporte obligó a no apartarse demasiado de Tacna. A pesar del predominio numérico chileno, el plan peruano buscaba reducir esa ventaja saliendo a su encuentro en una maniobra sorpresiva en las inmediaciones de Quebrada Honda. Nuevamente, la escasa visibilidad desbarató el plan.

El 26 de mayo de 1880 ocurrió la sangrienta batalla del Alto de la Alianza. El tiempo apenas alcanzó para tomar las posiciones defensivas, en un dispositivo dividido en tres sectores, de derecha a izquierda, al mando del contralmirante Montero, del coronel boliviano Castro Pinto y del coronel Eleodoro Camacho, apoyados por 16 cañones y seis ametralladoras y cuatro divisiones en la reserva. Todo este despliegue sumaba 10.000 combatientes contra 14.000 contendientes y 60 piezas de artillería. Después de dos horas de ablandamiento a fuego, el rival inició un franco ataque frontal.

Fueron varias horas de intensa refriega. La observación de Cáceres sobre la ferocidad con que se trataban ambos bandos puede leerse en sus memorias: «Aliados y chilenos acometíanse furiosamente, haciendo extraordinarias proezas. Con todo, nuestro decidido empuje adelantaba, pero nos faltaban refuerzos para cubrir las bajas». La desproporción de cuadros y medios se dejó sentir con más claridad en la tarde.

La derrota comenzaba a tomar cuerpo. Cáceres bajó hasta Tacna con los restos de su batallón —que aún conservaba su estandarte— en la creencia de que podía reorganizar a los dispersos. El esfuerzo final resultó inútil. Las bajas alcanzaron 2.500 individuos y del Zepita apenas quedaban 80 hombres. La orden fue alcanzar Tarata cuanto antes.

A ese pequeño poblado de altura acudió el alto mando aliado para evaluar el futuro inmediato. Ese futuro ya no existía. El diezmado Ejército boliviano volvió a su país. La alianza peruano-boliviana había llegado a su fin y se dieron disposiciones para abandonar cuanto antes la localidad. Cáceres insistió en retornar a Arica para proteger a Bolognesi. Ahí comprobó que el coronel Segundo Leyva, quien estuvo en las proximidades de Locumba el día 28, no tenía intenciones de combatir y había retornado a Arequipa.

«La derrota comenzaba a tomar cuerpo. Cáceres bajó hasta Tacna con los restos de su batallón —que aún conservaba su estandarte— en la creencia de que podía reorganizar a los dispersos».



Estandarte del batallón de Reserva de Lima Nº 4, una de las unidades
que participó en la defensa de Lima
(Enero de 1881).
Colección: Museo Cáceres.

La campaña de Lima

Después de haber estado en Puno, Sicuani y Cuzco, Cáceres arribó a Lima para ponerse al servicio de la defensa. Era setiembre de 1880. Su llegada no pasó desapercibida. El dictador Piérola lo llamó a su despacho para comunicarle su nombramiento como comandante general de una división en Huaral, cuya misión era impedir el arribo enemigo a Ancón. La vasta experiencia del militar en asuntos bélicos hizo que, inmediatamente, expusiera sus objeciones lógicas, sin rodeos. Los chilenos no vendrían por el norte, pues perderían la ventaja de contar con su escuadra a tiro de cañón y la carencia del apoyo de fuegos restaría violencia a una ofensiva. Piérola le aseguró que conocía los planes del enemigo —seguramente encauzado por un plan de engaño perfectamente calzado— y le espetó una frase indiscutible: «Por lo demás, coronel, tengo mi plan ya trazado».

Cuatro meses duró el entrenamiento de los cuadros bajo su dirección, tiempo que le permitió percatarse de la desorganización, tanto en los niveles políticos como de la defensa. En las inmediaciones de la capital 16.000 hombres estaban concentrados. Sobraba entusiasmo y voluntad, en contraparte a las carencias logísticas que suponía el bloqueo naval instalado en el Callao. Las conversaciones en aras de una paz sin cesión territorial fracasaron y en noviembre parte de la expedición invasora se presentó en Paracas como parte inicial de un convoy, el cual tenía previsto desembarcar 26.000 soldados.

Lo proactivo del carácter del héroe de Tarapacá hacía que cualquier disposición estática fuera tomada con un extremo celo. Estudió el terreno, definió la mejor ubicación de las posiciones para cerrar las direcciones de aproximación favorables al enemigo y se dio la maña de descubrir su campamento en la distancia y la ubicación de sus avanzadas. Una nueva recomendación suya logró que Piérola modifique aspectos para mejorar la extensa y endeble línea entre Chorrillos y San Juan, aunque no fuera suficiente. Desde un principio, Cáceres enarboló la concepción de que se debería actuar ofensivamente sobre los posibles puntos de desembarco, al sur de la capital. La carencia de fortificaciones sólidas, la ineficiencia de las minas sembradas delante de las elevaciones para diezmar al rival, la apatía del propio dictador y la errada concepción del dispositivo iban reduciendo la posibilidad de obtener el éxito.

No se equivocó. El 12 de enero de 1881, en la noche, la captura de un soldado enemigo extraviado sirvió para comprobar que el grueso del Ejército chileno había iniciado su despliegue, después de sucesivos reconocimientos por el fuego. Cáceres se puso al frente de sus hombres. La densa neblina de esas horas permitió el avance a cubierta de los observadores y, al amanecer, parte de los regimientos de Baquedano intentaba desbordar uno de los flancos descubiertos. Pronto, las endebles estructuras de la línea de resistencia cedieron y a las tres horas las divisiones de Domingo Ayarza, Manuel Pereira y Miguel Iglesias estaban disueltas.

Como en tantas otras ocasiones, el coronel Cáceres no se amilanó. Corriendo por Surco y, junto con el coronel Julián Arias Aragüez, empezó a reunir a los dispersos. Después, arribó a Barranco y otra vez se hizo de 400 hombres para reingresar a la lucha. El sacrificio aquí resultó estéril. Las reservas al mando del coronel Suárez, a quien Cáceres increpó con severidad, daban media vuelta del escenario principal y la esperanza de recibir refuerzos se desvaneció. Comenzaba el incendio del balneario de Chorrillos y el saqueo posterior. Durante la

noche, el incansable soldado recomendó que se realizara un ataque nocturno para aprovechar el descontrol en que estaba sumida la tropa enemiga. Otra vez, la respuesta de Piérola fue negativa.

El pacto de un armisticio, que debió durar por lo menos hasta la medianoche del 15 de enero, sirvió para que el mando chileno recompusiera sus unidades diseminadas en Chorrillos y adoptase un dispositivo ofensivo frente a la segunda línea de 12 kilómetros de extensión y cuyos extremos eran, al oeste, el océano Pacífico, entre la quebrada Armendáriz y la bajada Balta y por el este la casa hacienda de Monterrico Grande.

El movimiento de las reorganizadas divisiones chilenas indicaba que pronto se lanzarían al asalto de los reductos. A las 2:30 de la tarde del 15 de enero la violencia se desbordó. Cáceres comprendió que la batalla no se detendría; por un lado, sufría el ataque de la Tercera División y, por el flanco, recibía nutrido fuego naval. Pudo recomponerse. Los hombres del Batallón N° 2 eran nada menos que comerciantes —llamados pulperos en ese entonces—, descendientes de inmigrantes italianos y jóvenes estudiantes de la sociedad limeña. Ese empuje vital fue suficiente para sostener las posiciones. En cierto momento, pareció que la victoria era alcanzable. Los jefes chilenos ordenaron el repliegue; sin embargo, fueron reforzados nuevamente, lo que no ocurrió por el lado peruano. Muchas unidades de reserva quedaron sin combatir y la munición escaseaba o no correspondía a la variedad de fusiles que poseían los batallones peruanos. Esta fue la razón principal por la que el enemigo pudo finalmente hacerse del primer reducto miraflorino. No había más balas que gastar. Un reservista expresó: «Hacía más de tres horas que combatíamos y, sin embargo, no recibíamos ningún refuerzo».

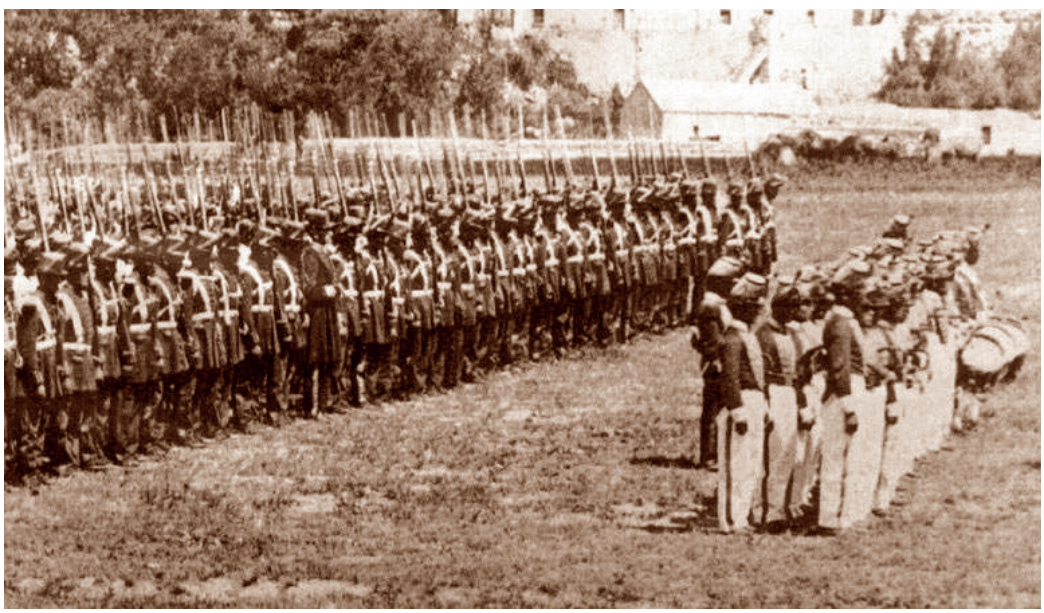
El campo se regó de cadáveres juveniles. El escenario no podía ser más cruento. Fernando Lecaros transcribe el texto de Clements Markham que pinta la hecatombe: «Por fin los reductos fueron tomados a punta de bayoneta. Estaban colmados de cadáveres, de cuerpos muertos de infelices adolescentes, en su mayoría empleados de comercio, de hombres distinguidos y de estudiante».



Durante la Campaña de Lima, la batalla de San Juan fue una de las más cruentas.
Colección: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.

El coronel Cáceres fue herido en la pierna. Dos tiros más estuvieron a punto de hacer blanco en su cabeza. Sus ayudantes estaban muertos, perdió su caballo más querido; herido en el alma, rumiaba su derrota y se indignaba ante la percepción de que pudo haberse hecho más, para salvar la situación. En el camino hacia Lima, fue auxiliado para no desfallecer, topándose con dispersos de múltiples unidades y, en eso, un grupo de soldados lo reconoció en las proximidades del parque de la Exposición y le pidieron que tome el mando para reiniciar la lucha. En un último arresto, envió a un capitán a Palacio de Gobierno para que se tome cartas en el asunto, pero la respuesta nuevamente fue negativa: Piérola había ordenado deponer las armas.

Exánime llegó a un puesto de socorro de la Cruz Roja y, posteriormente, se fue trasladando a una serie de refugios para evitar su captura. En sus memorias agradece el hospedaje que le ofrecieron los jesuitas de San Pedro de Lima, cuando él estaba herido. Su actuación en el campo de batalla no pasó inadvertida; sus contrincantes lo llamarían más tarde «el valiente coronel Cáceres». Mientras curaban sus heridas y se recuperaba del trance, su mente volaba. En la primera noche de convalecencia ya había decidido que continuaría peleando, aunque no tenía ejército. El 15 de abril, ni bien cicatrizaron sus heridas, salió de la ciudad de manera oculta por la estación del tren en Viterbo hacia Chicla. Nadie que no fuera él podría imaginar que la guerra se extendería hasta julio de 1883.



Batallón de la Reserva de Lima.
Imagen anterior a enero de 1881.
Colección: Renzo Babilonia.

Aquel parecía ser el punto final de la guerra. Con la ciudad capital capturada, la población diezmada y un ejército que ya no existía, aparentemente lo único que quedaba era el trámite de una rendición. Pero había un Perú más adentro, el de los campesinos, el de las alturas; aquel Perú silente que despertaría para la ocasión. Solamente necesitaba un impulso, una chispa iniciadora.



«Por fin los reductos fueron tomados a punta de bayoneta. Estaban colmados de cadáveres, de cuerpos muertos de infelices adolescentes, en su mayoría empleados de comercio, de hombres distinguidos y de estudiantes».



Batalla de Miraflores. Cáceres ordenando el contraataque (15 de enero de 1881)
Colección: Brigada Naval Combatientes del Pacífico.



El balneario de Chorrillos quedó en escombros, después del enfrentamiento (13 de enero de1881)
Colección: Ejército del Perú.

Dinero devaluado que circulaba durante la Guerra del Pacífico.
Colección: Javier Aranda.








J. L. PIANI. 1894



Oficial peruano arengando a las tropas durante la batalla de Miraflores.
Óleo: Juan Lepiani (1894)
Colección: Museo Cáceres.



Grabado que permite ver el nivel de destrucción que dejó el combate en Chorrillos, durante la defensa de Lima.
Colección: Brigada Naval Combatientes del Pacífico.



En todo el Ande peruano hubo efervescencia patriótica. Los comuneros acordaron rechazar los cupos y vengarse de los saqueos y otras barbaries cometidas por el Ejército enemigo.

«Es necesario tener presente la psicología del indio, su idiosincrasia y tradición, para comprender cómo pudieron el general Cáceres y su Ejército realizar la campaña de La Breña, que más que una realidad semeja un cuento prodigioso».

Zoila Aurora Cáceres
La Campaña de La Breña
Memorias del Mariscal del Perú D. Andrés A. Cáceres.



CAPÍTULO III

La campaña de La Breña

La decisión de continuar la guerra no era un asunto estrictamente de emocionalidad, valentía u honor, sino requería de un argumento inteligente y posible. Requería una concepción que vaya más allá de la táctica —la fricción en la teoría de Clausewitz— y visualice una estrategia capaz de articular los aspectos económico, político, militar y social que, habiendo fracasado durante la campaña del Sur y la defensa de Lima, ahora estaban hipotecados por la presencia enemiga. Gracias a su conocimiento de la sierra, Andrés A. Cáceres entendería estas y otras variables. La historia seguiría escribiéndose al filo de su espada en la campaña de La Breña.



Los pueblos de la sierra se convirtieron en actores centrales durante la campaña de La Breña. Parroquia de la Santísima Trinidad (1870).

Organización del Ejército del Centro

Cáceres tenía a favor el conocimiento de las falencias a las que se enfrentarían los chilenos si continuaban las acciones armadas. En primer lugar, el cálculo de tomar el centro del poder político del país para imponer sus condiciones no fue del todo acertado. Con oficiales y soldados capaces de mantener una resistencia viva y un ámbito geográfico que combinaba la dureza del clima, posiciones naturales y el sostenimiento para las tropas, pronto cayeron en la cuenta de que Lima había dejado de ser el centro de gravedad.

Después de un viaje lleno de sobresaltos, Cáceres arribó a Jauja, donde Piérola lo llamó a su presencia. El encuentro resultó un poco más amable que en ocasiones anteriores. Además, lo había nombrado general en febrero, cuando todavía se estaba recuperando. El dictador le expresó su complacencia por su asistencia y le ofreció el mando político-militar de los departamentos del Centro. Cáceres aceptó el nombramiento y le expuso sus planes de hacer una «guerra en pequeño o de guerrillas», para dar tiempo a la formación de nuevos batallones. Cumplida esta condición, pasaría a una «estrategia de desgaste», cuyo propósito sería buscar un espacio propicio para pasar a la ofensiva.

El 26 de abril, Piérola firmó el nombramiento, dejándole escasísimos recursos humanos y materiales para la titánica labor. La base de su ejército, según a las investigaciones realizadas por el capitán de navío AP Francisco Yábar, fueron los pocos efectivos de los batallones Junín (antes Pichincha N° 73), Constancia, columnas de gendarmes y un escuadrón escolta. En total, 294 combatientes. La tarea de agrupar la fuerza sería ardua. Implicaba obtener armamento, enviar hombres a las localidades vecinas conminando a las poblaciones a unirse a la causa o a contribuir con recursos. Existieron algunos intentos de organizar focos militares direccionados por Piérola, que carecieron de la suficiente potencia para conducir operaciones.



Convento de Ocopa en la provincia de Concepción en 1905.
La zona fue posición estratégica durante la campaña de La Breña.
Colección: Raúl Peña Olano.



La Oroya vista desde el camino de Tarma en 1906. Durante la campaña de La Breña tenía un solo sendero de mulas, por las que también transitaban las tropas de Cáceres y sus guerrilleros. Colección: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.

«Cáceres llevó su poca gente a Quebrada Honda y allí disfrazó un gran número de auquénidos con sombreros de cinta roja —distintivo particular de sus cuadros— y el enemigo prefirió evitar el riesgo».

Pocos días antes, el 15 del mismo mes, había salido de Lima la expedición chilena comandada por el teniente coronel Ambrosio Letelier. Yábar Acuña refiere las actividades de los casi 1.300 hombres bajo su comando: «Y es de triste recuerdo para los peruanos por las muertes que ocasionó en poblados de campesinos desarmados, así como por el inmenso daño material que causó cuando Letelier y los suyos desobedecieron las órdenes de sus superiores y se dedicaron al más escandaloso pillaje, deshonrando así el honor del uniforme». Sus incursiones ocurrieron en Huánuco, Tarma, Jauja y Huancayo, y arrasaron Vilcabamba, Cajamarquilla y Yurumayo. Pronto recibió noticias sobre la presencia de Cáceres en el área.

El ingenio de Cáceres comenzó a manifestarse. Un destacamento chileno al mando de Romero Roa, desprendido de la expedición Letelier, asomó por Jauja-Huancayo, lo que atemorizó a sus habitantes. Cáceres llevó su poca gente a Quebrada Honda y allí disfrazó un gran número de auquénidos con sombreros de cinta roja —distintivo particular de sus cuadros— y el enemigo prefirió evitar el riesgo, aunque de todas maneras asaltó Concepción. Poco después, Cáceres interceptó un cuantioso botín reunido por el alcalde de Huancayo, al que arrestó. El monto de 60.000 soles y 30 caballos sirvieron para hacerse de algunos fondos. Ordenó el pago de dos soles semanales para cada hombre y la confección de uniformes de tocuyo para uno de los primeros cuerpos alistados.

Letelier tuvo que regresar a Lima debido a los llamados insistentes y amenazantes del almirante Patricio Lynch, quien había asumido el puesto de comandante en jefe del ejército de ocupación. Como medida de seguridad para proteger su repliegue, dispuso que el capitán Araneda, con 100 hombres del Buin N° 1, se ubicara en Casapalca. Este, a su vez, dejó tropas en Cuevas y partió a Sangrar, donde fue sorprendido por el coronel Manuel de la Encarnación Vento. El enfrentamiento generó por primera vez más de una veintena de bajas entre los chilenos y la obtención de 50 rifles Comblain para los peruanos. Con este revés, el apuro de Letelier por abandonar los departamentos del centro fue mayor. De inmediato, Cáceres ocupó Tarma e incrementó las unidades a su disposición. El nuevo ejército comenzaba a tomar forma.

Lo que pervivía para mal eran las rivalidades entre compatriotas. Había dos bandos bien establecidos: los que mantenían su adhesión a Piérola y los que apoyaban al gobierno provisional de García Calderón, conocido como el gobierno de La Magdalena. Esto, sin contar otro grupo que colaboraba económicamente o a través del espionaje con las fuerzas de ocupación, por intereses personales. La Junta de Gobierno Provisorio envió un destacamento para combatir a Cáceres, el cual fue emboscado por una partida de guerrilleros, cuyo jefe era Ricardo Bentín, y detenido en Chicla. La captura sirvió para continuar aumentando su efectivo en hombres y armas.

El Ejército del Centro inicia sus actividades

En las memorias de Cáceres encontramos su estado de ánimo para julio de 1881, cuando el Centro estaba libre de ocupación: «Mi viaje a Cerro de Pasco y Huánuco alentó mi espíritu, confortando mi esperanza en la consecución de mi propósito. En todos los pueblos en tránsito se patentizaba el vehemente deseo de luchar contra el invasor». Esta visión coincide con un aumento considerable de las unidades que se iban uniendo al ejército. Para fines de agosto de 1881 se contaba con un Estado Mayor, la Primera, Segunda, Tercera y Cuarta divisiones (dotada cada una de dos batallones), artillería de campaña, un escuadrón escolta y columna de guerrilleros; además de una maestranza, secretaría y cuerpo de ayudantes.

El 28 de agosto de 1881, Lynch ordena a sus huestes abandonar Chosica debido a las dificultades y el constante acoso de los montoneros. Se instalan en Santa Clara, a medio camino de Lima. En octubre, Cáceres tomó posesión del lugar, considerándolo un lugar más adecuado para conducir sus operaciones, pues «dominaba los valles del Chillón, Rímac y Lurín, excelente posición, fácilmente defendible y desde la cual se tendría en constante alarma al adversario». A pesar de que las operaciones militares, se redujeron a las actividades de las guerrillas y a una incursión chilena en Cieneguilla, nuevamente la crisis política arremetió, retrasando la preparación de oficiales y tropa. Piérola fue desconocido por el Ejército de Arequipa, manifestándose por García Calderón, y en el norte se tomó igual posición.

Por último, sus compañeros de armas le ofrecieron la presidencia; aunque también decidió desconocer a Piérola, no aceptó tomar el cargo. Paralelamente, sufría los embates de haberse mudado a Chosica: el tifus exterminaba los cuadros que tanto esfuerzo le costó reunir hasta reducirlos a la mitad y el coronel Vento defeccionaba alentado por Piérola, disolviendo su división.



Indígenas en pie de lucha. En todos los pueblos de la zona se manifestaba el vehemente deseo de luchar contra el invasor.



Medallas otorgadas a los soldados del Ejército de Cáceres por su participación en los combates de Marcavalle, Pucará y Concepción durante la primera etapa de la campaña de La Breña (1882)
Colección: Museo del Ejército, Real Felipe.

Las expediciones Gana-Lynch y Gana-Del Canto

En medio de estas peripecias, los chilenos decidieron acabar con Cáceres mediante un movimiento envolvente a inicios de 1882. Para esta maniobra combinaron dos fuerzas: una, que iría directamente por la dirección Lima-Chosica (1.156 hombres), y otra por Lima-Canta-Chicla (3.067 hombres), por lo que Cáceres, después de apreciar el riesgo, decidió retroceder a Tarma e hizo golpear en el vacío a Patricio Lynch (1824-1886), quien tomó la ruta de Canta-Chicla. A pesar del revés y el gasto en vano, el Gobierno chileno decidió mantener la ofensiva. Después de retornar a Lima, se reenvió al coronel José Gana (1828-1894) con 2.300 efectivos hacia Junín el 23 de enero y para el 1 de febrero de 1882 sus avanzadas trababan combate con los Cazadores del Perú en San Jerónimo.

El día 3, Cáceres intuyó la intención de Estanislao del Canto (1840-1923, relevó a Gana poco antes) de cortarle la retirada a Izcuchaca e inició el repliegue. Los chilenos hicieron lo suyo, tomando una marcha forzada nocturna. Aparecieron al amanecer del 5 de febrero e iniciaron las hostilidades. El general en persona comandó las dos compañías que contenían la ofensiva en unos parapetos casi a orillas del río, mientras el grueso continuaba su marcha. La resistencia fue efectiva y permitió cumplir el objetivo de no ser batido por un enemigo bastante superior en número y pertrechos. Pero lo que los chilenos no pudieron hacer, lo infligió nuevamente la naturaleza. En el camino hacia Ayacucho, una terrible tempestad sorprendió al ya diezmado ejército, perdiendo en una sola noche 412 hombres. Con esto, apenas quedaban menos de 400 combatientes para continuar la campaña.

«Un soldado chileno que, furiosamente, se abalanzó contra uno de esos guerrilleros le atravesó el pecho con una bayoneta. El guerrillero peruano [...] hundió el rejón en el pecho de su enemigo, quedando ambos, en esta actitud, unidos y atravesados por sus armas, hasta que otro guerrillero, machete en mano, le cortó la cabeza al chileno».



Tarma antigua, ciudad muy querida por el general debido a que su madre vivía allí. La población de la zona se dividió: los potentados buscaron asilo entre los chilenos, mientras que los campesinos e indígenas fueron fieles a la causa de Cáceres. Colección: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.



Combate entre breñeros y chilenos durante la resistencia peruana.
Domingo de Vivero: *Cuadros históricos de la Guerra del Pacífico* (1894)
Colección: Renzo Babilonia.

La contraofensiva de 1882

Las informaciones sobre la ubicación del enemigo disperso entre Huancayo, La Oroya, Concepción, Sapallanga, Pucará y Marcavalle, alargando su línea de comunicaciones, le sugirieron la idea de batirlo en detalle, aislando a la división de Del Canto de los apoyos que pudieran llegarle de Lima, mediante la destrucción del puente en La Oroya. Entonces, Cáceres dividió sus fuerzas en tres columnas.

La primera, al mando del coronel Juan Gastó (1824-1883), seguiría la dirección Izcuchaca-Comas-Concepción, por la margen derecha del río Mantaro. Una segunda columna, cuyo jefe era el coronel Máximo Tafur (1816-1883), partió por la margen izquierda entre Izcuchaca-Chongos-Chacalpa y La Oroya; y la tercera, comandada por el propio Cáceres, tomó la ruta Izcuchaca-Marcavalle-Pucará. Serían días complicados para las huestes chilenas, pues fueron atacadas de forma sincronizada en varios puntos.

Para esto, el propio Cáceres hizo un audaz reconocimiento sobre Huancayo, publicado por un corresponsal del diario *El Eco de Junín*, del 26 de agosto de 1882: «Acompañado únicamente de su escolta, recorrió las llanuras que rodean aquella ciudad hasta el punto denominado Chorrillos, atreviéndose a llegar hasta la altura que únicamente dista media legua de Huancayo, donde estaba el grueso del Ejército chileno. En su reconocimiento pasó cerca de todas las avanzadas enemigas».

El punto más próximo era Marcavalle. Arribaron el 8 de julio y se trabó combate a la madrugada siguiente, a través del batallón Tarapacá, secundado por los guerrilleros de Huaribamba, en el centro enemigo. El Zepita y los Voluntarios de Izcuchaca tomaron las alturas para evitar la retirada del destacamento chileno. El combate no demoró demasiado, pero fue bastante violento. Al verse perdido, el jefe de la compañía del Santiago, se retiró hacia Pucará para unirse a las demás compañías de su batallón. Sin embargo, al tratar de cumplir su cometido le cayeron por la espalda las guerrillas de Gálvez y de Cabrera. Cáceres apunta en sus memorias que «entre muertos y heridos pasaron 200. Dejaron en nuestro poder unos 200 fusiles y sus municiones». El batallón Santiago fue casi totalmente aniquilado.

Similar suerte correría una compañía del batallón Chacabuco en Concepción. A las tres de la tarde, el coronel Gastó, el batallón Pucará N° 4, al mando del



Indígenas y campesinos peruanos, bayoneta y rejón en mano, hicieron la resistencia en los Andes. *Episodios Nacionales de la Guerra del Pacífico 1879-1883*. Ernesto A. Rivas (1898) Colección: Renzo Babilonia.

comandante Andrés Freyre, y el Libres de Ayacucho, con Francisco Carbajal, junto a las guerrillas de Ambrosio Salazar (a estas se unieron después las de San Jerónimo, Orcotuna, Mito, Apata y Paccha) aparecían en las laderas de los cerros Piedra Parada y León, que rodean el poblado. Rápidamente, el capitán chileno Ignacio Carrera organizó la defensa en las bocatomas de la plaza y envió tres jinetes a su comandancia para informar, los cuales nunca llegaron a su destino.

Casi de inmediato se inició el ataque, que duró hasta entrada la noche en que se sumaron otras guerrillas. El ímpetu del ataque obliga a Carrera y sus 76 hombres a guarecerse en la iglesia local, aunque también intentaron aprovechar la oscuridad de la noche para escapar del rodeo, sin éxito. Gastó solicita al capitán su rendición, la cual es rechazada de forma estoica. Finalmente, el coronel peruano sustrae a las tropas del ejército de línea y se dirige al fundo Santibáñez y las guerrillas se ocupan totalmente de la acción. A las 11:30 horas prenden fuego a la iglesia; los defensores perforaron las paredes y se mantuvieron en vilo durante la noche, hasta que a las nueve de la mañana son ultimados por los propios guerrilleros.

El punto flaco de esta contraofensiva fue la fallida destrucción del puente sobre el río Mantaro en La Oroya. Sin esta obra de infraestructura, Del Canto no podría escapar ni recibir refuerzos, por lo cual resultaba estratégica. El coronel Máximo Tafur, al mando de setenta hombres y unos 300 guerrilleros, no pudo derrotar a la guarnición enemiga que lo custodiaba: una combinación de infantería y caballería del Pisagua y Carabineros de Yungay. Al respecto, Cáceres dijo: «Creí alcanzarle [a la división de Del Canto] en La Oroya y allí batirle. Pero al llegar jadeante, ya Del Canto había pasado el puente, haciéndole volar en seguida, para asegurar su retirada. Tafur no había cumplido la misión que se le encomendó». No solo eso. En un momento la caballería alcanzó a los guerrilleros, los cuales fueron fusilados para no demorar su travesía. Fueron 48 en total; además de otros sesenta muertos en acción.

El día 11, Cáceres ocupó Huancayo y se lanzó a la persecución, que siguió por Jauja, Tarma y Tarmatambo, donde la vanguardia de Gastó se enfrentó al batallón Lautaro y en San Juan Cruz, donde continuaron los ataques. Finalmente, la división del coronel Del Canto huyó y dejó libre los departamentos del centro del Perú, reportándole a Lynch casi 550 bajas. Se establece la nueva comandancia en Tarma el 18 de julio y comienza una nueva reorganización.

Comprender los sucesos posteriores a la contraofensiva de 1882 requiere la lectura de los actos políticos que ocurrieron durante el periodo en que las acciones entre el Ejército del Centro y el chileno amainaron. Para los primeros, sin embargo, significó una serie de movimientos en los contornos de Lima y para los segundos, una posición más estática, en busca de socavar a la dirigencia peruana mediante una eficaz estrategia política. El Perú tenía a la sazón dos presidentes: Montero, en Arequipa, e Iglesias, en Cajamarca. Este último proclamó la necesidad de la paz a través del «grito de Montán», desconociendo a Montero, y los chilenos decidieron apoyarlo para aproximarse a sus fines.

Este espacio de tiempo hubiera sido mejor empleado por Cáceres para recuperar sus fuerzas y acumular medios; pero nuevamente tuvo que gastar energías en combatir al coronel Vento para recuperar Canta, que estaba bajo el control chileno. Posteriormente, apareció en Chancay, que fue abandonada por el enemigo, y tuvo que enfrentarse a una aproximación chilena.





Batalla de Concepción (9 de julio de 1882)donde fuerzas peruanas al mando del coronel Juan Gastó obtuvieron histórico triunfo.
Óleo: Federico Field (1952)
Colección: Escuela Militar de Chorrillos.

La campaña del norte

El almirante Lynch tuvo en el manifiesto de Iglesias un punto de anclaje para alcanzar la paz, por lo que decidió apoyar su iniciativa. Dice Jorge Basadre: «Conocido el gesto de Iglesias, fue recibido con indignación por Cáceres, Montero y los civilistas cuyo jefe nominal seguía siendo García Calderón, y por la opinión irreconciliable en el Perú [...]. Los dirigentes chilenos decidieron proteger a Iglesias y eliminar a Cáceres y a Montero». Para el cumplimiento de sus objetivos, Lynch preparó tres fuerzas: la división de León García de 2.000 hombres que llegaría hasta Canta; la Del Canto con 1.500, por Lurín-Chicla; y la de Urriola con 3.000, por el Rímac. Entre otras, las instrucciones eran las siguientes:

> «Este cuartel ha resuelto emprender una nueva expedición contra las fuerzas del general peruano D. Andrés Avelino Cáceres [...]. En la persecución de Cáceres Ud. debe ser incansable y gastar verdadera tenacidad [...]. No debe Ud. olvidar que la mayor parte de su gente, sobre no tener una verdadera organización militar, son indios armados de lanzas [...]. Siendo aquellas tropas irregulares, compuestas por montoneros y ladrones, deberá tratar a los jefes y oficiales que caigan prisioneros con toda la severidad prescrita [...]. Usted no tendrá el menor inconveniente en fusilarlos. Queda Ud. autorizado para ofrecer una suma prudente a la persona que entregue a Ud. al general Andrés Avelino Cáceres».

Por más que Cáceres intentó evitar el avance, tuvo que ceder terreno y replegarse a Tarma. Lo estaban cercando. Convocó una junta de guerra y decidió marchar hacia el norte y no defender el centro por la carencia de armas, medios y caballos. El 21 de mayo de 1883 salieron de Tarma los 2.300 soldados breñeros, al grito de ¡Viva el Perú!

Lo que sucedió a continuación fue una historia de sacrificio y persecuciones sin cesar: el 25 estuvo en Cerro de Pasco, el 31 en Ambo, el 1 de junio en Huánuco, el 6 cruzó el Marañón, el 9 llegó a Aguamiro, el 12 a Chavín y el 14 tramontó la cordillera. El 15 estaba en Huaraz, el 18 en Carhuaz y el 19 en Yungay. La situación era crítica: por el norte, se acercaba la división Gorostiaga; por el sur, Arriagada; por la costa, una fuerza salía de Casma, y por el este solo quedaba la inaccesible cordillera. Ante el complicado escenario optó por una «maniobra por líneas interiores» una proeza en cualquier época. Desde Llanganuco inició la ascensión el 22, besando el nevado Huascarán por sus paredes más peligrosas. Muchos no completaron la ruta. Asimismo, Cáceres urdió un engaño para hacerle creer a Arriagada que regresaría a la sierra sur, por lo que se libró de él y se aproximó al enemigo más débil: la división del coronel Alejandro Gorostiaga.



Grabado de Tarmatambo, donde se libraron decisivos combates en la campaña de La Breña en 1882.
Léonce Angrand *Imagen del Perú en el siglo XIX* (1972)
Colección Familia Fernández Baca.

Batalla de Huamachuco

La marcha culminaría recién el 6 de julio de 1883, en las inmediaciones de Santiago de Chuco. Cáceres decidió atacar al destacamento chileno que se uniría en refuerzo de Gorostiaga, un golpe que pudo haber sido crucial. La acción no se dio, debido a la no convergencia de las fuerzas en el paraje de Tres Cruces. Una junta de guerra resolvió que pasarían de ser atacados a atacantes. Avanzaron sobre las alturas de Huamachuco, sin tomar el camino regular y cuando asomaron por la ciudad, los chilenos, sorprendidos, subieron a toda prisa el cerro Sazón, sufriendo algunas bajas. Los peruanos tomaron Huamachuco y decidieron la ofensiva para el 10.

La batalla se inició de improviso, cuando dos compañías de Gorostiaga intentaron hacer un reconocimiento y fueron embestidas por el batallón Junín. Cáceres relata: «Entonces, entraron en línea todas las fuerzas contrarias en apoyo de su desfalleciente flanco, y la batalla recrudeció de nuevo: jefes, oficiales y soldados rivalizaban en valor, y ganaba trecho a trecho terreno al adversario».

Y cuando la victoria se dejaba sentir cercana, la carencia de municiones jugó una mala pasada. En ese momento la artillería, debido a su poco alcance, estaba siendo trasladada para acercarse al Sazón y el enemigo advirtió el cese de fuegos e inició el contraataque. Sin bayonetas, enfangados y sin reservas, el desastre se consumó. Lo que siguió después fue una cacería de hombres. Ningún herido sobrevivió.

Cáceres todavía tuvo fuerzas para retornar a Ayacucho con el fin de armar más hombres y volver a pelear. No fue suficiente. Otros elementos fuera del alcance de su valor entraban al ruedo de las circunstancias y habría de firmarse la paz en Ancón. El 12 de agosto de 1883, Cáceres envió un documento al ministro de Guerra sobre los hechos de Huamachuco, en que se puede leer: «Aunque según el parte que con fecha del mes último tuve la honra de elevar al Supremo Gobierno por el órgano de U.S. el ejército de mi mando sucumbió valerosamente en los campos de Huamachuco, me siento aun firmemente resuelto a seguir consagrando mis fuerzas a la defensa nacional pues el desastre sufrido, lejos de abatir mi espíritu ha avivado, si cabe, el fuego de mi entusiasmo».



Quepí de general de brigada, grado otorgado por la Asamblea Nacional en 1881, perteneciente a Andrés A. Cáceres. Colección: Museo Cáceres.



Últimos momentos de la batalla de Huamachuco (10 de julio 1883).
Domingo de Vivero *Cuadros históricos de la Guerra del Pacífico* (1894)
Colección: Renzo Babilonia.

Con Huamachuco se llegó al punto culminante. La sucesión de movimientos, victorias y sacrificios no bastaron para inclinar la balanza. Una sola cosa quedaba a salvo: el honor de la nación personificado en un hombre y su voluntad a prueba de vicisitudes. Comenzaba a esculpirse la imagen del héroe invencible.

Una vida de combates y batallas

La carrera de Cáceres estuvo jalonada por combates y batallas, registrándose las siguientes:

- *La batalla de La Palma el 5 de enero de 1855*
- *Los combates de Chucúllay, Pacopata y otros muchos, siempre en defensa del orden y de los gobiernos legalmente constituidos.*
- *El combate de Yumina, el 29 de junio de 1857, a las órdenes del gran mariscal Miguel San Román.*
- *En las Siete Chombas el 30 de noviembre de 1857.*
- *El combate de Bellavista (Arequipa), el 13 de enero de 1858.*
- *La toma de Arequipa en los días 6 y 7 de marzo de 1858 a las órdenes del gran mariscal Ramón Castilla.*
- *La toma de Lima, el 6 de noviembre de 1865, por el ejército regenerador.*
- *El combate del Callao, el 2 de mayo de 1866, a las órdenes del coronel Mariano Ignacio Prado, contra la flota española.*
- *La batalla de San Francisco del 19 de noviembre de 1879, en el sur, contra las tropas chilenas.*
- *La batalla de Tarapacá, del 27 de noviembre de 1879, a las órdenes del general Buendía, contra las mismas tropas.*
- *La batalla del Campo de la Alianza, del 26 de mayo de 1880, con el Ejército Unido bajo las órdenes del general boliviano Narciso Campero.*
- *Las batallas de San Juan y de Miraflores 13 y 15 de enero de 1881, bajo la dirección del dictador Nicolás de Piérola.*
- *El combate de Pucará, el 5 de febrero de 1881, contra el ejército chileno.*
- *El combate de Acuchimay, el 22 de febrero de 1882 contra las fuerzas rebeldes del coronel Panizo.*
- *Los combates de Marcavalle, Pucará y Concepción, que dieron por resultado la desocupación del departamento de Junín por las tropas expedicionarias del coronel chileno Canto, a quien persiguió hasta las goteras de Lima.*
- *La batalla de Huamachuco, el 10 de julio de 1883.*

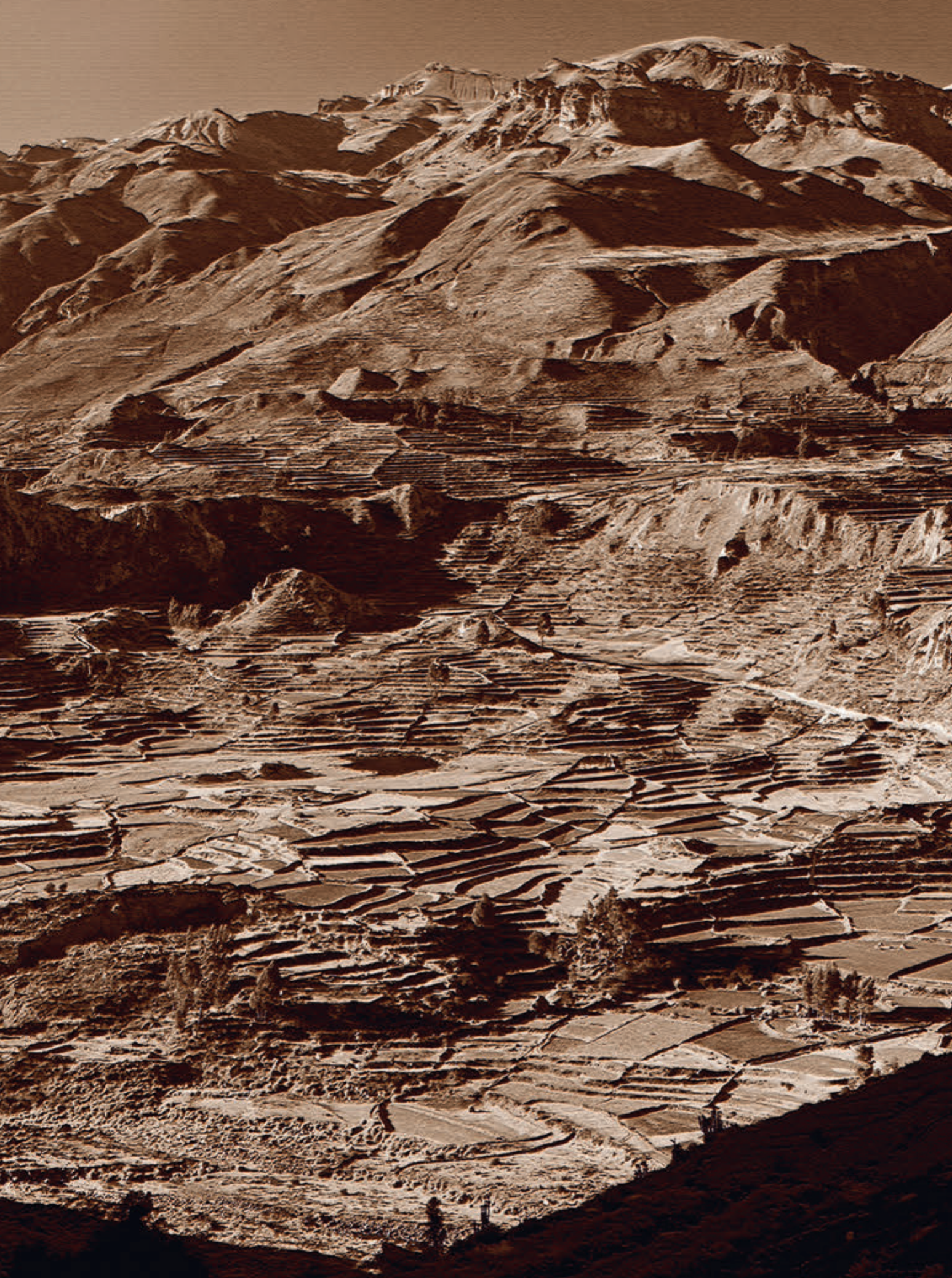
Cronología militar de las campañas en las que participó Andrés A. Cáceres.



Pileta obsequiada por el general Cáceres a Tarma por su destacada participación en la campaña de La Breña.
Colección: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.



Palcamayo, pintoresco pueblo de Junín y escenario de encuentros bélicos durante la campaña de La Breña.
Colección: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.



Desde las alturas descendían campesinos de Junín,
Cuzco y Puno para formar el batallón Zepita,
desangrado y reorganizado una y otra vez.

«Después de la campaña militar, se ha iniciado otra lucha más
difícil y penosa:
la lucha por superar las consecuencias del desastre».

Mensaje de Andrés A. Cáceres al Congreso Extraordinario
30 de octubre de 1887



CAPÍTULO IV

La Reconstrucción Nacional

Era 1884 y parecía que en la extensión del Perú no quedaba piedra sobre piedra. La ocupación había terminado; sin embargo, la huella del desastre permanecía inamovible. Como en La Breña, Cáceres asumió el liderazgo sobre lo que no existía. Ahora la motivación no era derrotar a un enemigo, sino construir un destino que a simple vista parecía gris.



Escuela Militar, alma máter de generaciones de militares peruanos.
Colección: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.

Rescate desde las cenizas

La cesión territorial, las rentas públicas en negativo, la bancarrota moral y económica, las pérdidas humanas irreversibles y la infraestructura destruida se evidenciaban a cada instante. Julio Cotler describe así esos años: «Varios autores proyectaron sobre el pueblo peruano la frustración y el pesimismo que sufría la clase dominante. Calificaron a los peruanos de 'ingobernables', de 'pueblo enfermo', incapaz de responder a las solicitudes de la patria».

Como en las plagas bíblicas, la continuidad de los males mantuvo su constancia y la guerra civil dejó sentir sus efectos en el país, prácticamente ingobernable. El general Miguel Iglesias se había hecho del gobierno desde 1883, año en el que firmó la paz con Chile a través del Tratado de Ancón, cediendo a perpetuidad e incondicionalmente Tarapacá y durante diez años Tacna y Arica para luego ser sometidos a un plebiscito. Cáceres hizo público su rechazo y dirigió una revolución contra Iglesias; después de una prolongada lucha política y militar, el general Iglesias renunció al poder y se convocó a elecciones. Demás está decir que la popularidad del héroe de La Breña estaba en su tope, gracias a sus múltiples y decididas hazañas. El 2 de junio de 1886, el Consejo de Ministros, que ejerció interinamente el gobierno, proclamó como Presidente Constitucional de la República al general Andrés A. Cáceres hasta 1890.

Un día después asumía el mando supremo. En su discurso ante el Congreso expresó: «Con fe en Dios y en los destinos del Perú, y manteniéndonos en paz con todas las naciones, acometemos la gran obra de la reconstrucción de la patria». Es de suponerse que la tarea era colosal. El historiador Peter Klarén lo resume así: «Cáceres tuvo que enfrentar la abrumadora tarea de reconstruir un país arrasado por la guerra, cuya deuda externa por sí sola sumaba la enorme cantidad de entre cuarenta millones a cincuenta millones».

El primer gesto, si acaso pueda considerarse un acto político, fue renunciar al grado de general de brigada otorgado por Piérola al inicio de la resistencia. Cáceres conmovió al Congreso diciendo:

> «Me es honroso entregaros este pliego, en el cual os manifiesto las razones que me asisten para renunciar el carácter de general de brigada que solo acepté como un título que me revestía de la autoridad necesaria para dirigir las huestes del Perú en los momentos de la prueba y del sacrificio. Me desnudo, pues, de esa alta clase militar que carece de origen legal, para dar un ejemplo práctico de respeto a la Constitución que he jurado sostener».

Lo primero que debía de sanearse era la economía, ciñéndose estrictamente a las medidas de austeridad impuestas por la emergencia. Se tuvo que reemplazar el devaluado billete fiscal por la moneda metálica de plata. Los ingresos del Estado, anteriormente dependientes del guano y el salitre, se diversificaron con la creación de impuestos al consumo de alcohol nacional o extranjero, opio, tabaco y papel sellado. Con las leyes de Registro de Propiedad Inmueble, de Bancos Hipotecarios y de prenda mercantil promulgadas en 1888, se experimentó una mejora económica, permitió el crédito y la legalidad de los actos financieros.

Creó la Dirección General de Aduanas, la que dividió en tres categorías comerciales, mejorando la recaudación y rebajando las tarifas arancelarias. La Ley de Descentralización Fiscal buscó que las rentas beneficien directamente objetivos locales;



Las guerrillas y montoneras se convirtieron en grupos imprescindibles en las batallas ganadas durante La Breña y la guerra civil a la que Cáceres tuvo que hacer frente durante su gobierno. Colección: Renzo Babilonia.

es decir, los 18 departamentos del país cobrarían impuestos y organizarían su gasto desde un marco regulado por el Congreso. Su poca funcionalidad no fue producto de un vacío legal, sino de la falta de cuadros competentes que la hicieron poco practicable.

La actividad gubernamental alcanzó niveles de hiperactividad. Cáceres convenció a gran parte de la sociedad que debería unir sus esfuerzos. Se instalaron las Cámaras de Comercio de Lima, el Callao y Arequipa; fundándose la Sociedad de Minería, la Sociedad Geográfica de Lima, nuevos bancos, empresas de seguros. Se instaló el servicio telefónico a escala nacional, el alumbrado público en la capital, dispuso la construcción de obras de irrigación, puertos y se estableció la obligatoriedad de la educación primaria e impulsó la capacitación técnica en diversos talleres; promulgó el Reglamento General de Instrucción Pública para educar a los sectores pobres del interior, reabriendo colegios y fundando otros. En el campo de la defensa, puso en funcionamiento la Escuela Militar y Naval, se adquirió la cañonera Lima de 1.790 toneladas para refundar la Marina de Guerra, cuyas últimas naves fueron hundidas por sus tripulantes en enero de 1881.

La búsqueda de mayor eficiencia en el Ejército llevó a la elaboración de nuevas ordenanzas militares, labor encomendada al general Javier de Osma. Promulgadas en 1890, estaban divididas en cinco tratados: disposiciones generales, obligaciones jerárquicas (desde soldado a coronel), honores militares, servicio en guarnición y organización en campaña. Se organizó la Inspección General del Ejército, se licenció a las fuerzas excedentes; se restableció asimismo la Comandancia General de Artillería y se confeccionó el nuevo escalafón, el cual establecía las cantidades exactas de oficiales por cada grado. El Ejército Peruano debía tener 3 generales de división, 8 de brigada, 217 coroneles graduados y 32 efectivos; con lo que se le dotaba de una estructura piramidal.



Con el contrato se trataba de solucionar la inmensa e impaga deuda externa, fruto de préstamos de 1869, 1870 y 1872.



La política económica emprendida por el Gobierno de la Reconstrucción incluyó la firma del contrato Grace.

«Cáceres tuvo que enfrentar la abrumadora tarea de reconstruir un país arrasado por la guerra, cuya deuda externa por sí sola sumaba la enorme cantidad de entre cuarenta millones a cincuenta millones».

Un hecho que no debe pasar desapercibido es la instalación del Cuerpo Técnico de Tasaciones, «porque el Perú necesitaba contar con un núcleo de profesionales responsables a quienes confiar las delicadas tareas de valuación de las áreas rústicas y urbanas, que hasta dicha época corrían a cargo del elemento empírico, lleno quizá de buena voluntad pero escaso de conocimientos».

Parte de la política económica emprendida por el Gobierno de la Reconstrucción incluyó la firma del contrato Grace, bastante controversial en la época, con el que trataba de solucionar la inmensa e impaga deuda externa, fruto de empréstitos realizados en 1869, 1870 y 1872, a cambio de la entrega del guano todavía existente, la cesión de ferrocarriles y la navegación libre por el lago Titicaca, entre otros. A pesar de los inconvenientes, el acuerdo reinsertó al Perú en el círculo del crédito internacional, permitió la reconstrucción de las vías férreas, lo que a su vez favoreció la explotación minera con depósitos enclavados en la sierra y el incremento de rentas por las actividades de la industria petrolera, la manufactura algodonera y la producción azucarera. Quizá las palabras de Pedro Dávalos y Lissón, citado por Ana María Rodríguez, lo resuman mejor:

> «Si en 1886, cuando en mis movimientos llegué hasta Yauli, la minería en el centro del Perú valía como uno, ahora en 1888 vale como diez. Bastaron tres años, solo tres años, para descubrir esta estupenda riqueza, riqueza que solo exigía para su desarrollo, dinero y trabajo. Comenzó a ponerse en evidencia que, bien pronto, para nada necesitaríamos de las corruptoras riquezas del guano y del salitre».

Los discursos de Cáceres que aún se encuentran en los archivos del Congreso de la República y otras fuentes bibliográficas nos otorgan una idea sustancial de su índole personal, del acontecer de su mentalidad, su fortaleza física, su afán denodado por recomponer los destrozos.

Sus proclamas no tenían demasiada retórica —una práctica frecuente, herencia del pasado colonial— ni declaraciones demagógicas. Reflejaba la actitud de un soldado en campaña; directo, sin ambages. En el *Manifiesto a los pueblos del Perú,* publicado en el diario *La República,* se lee: «No ha llegado aún el día en que pueda y deba daros cuenta de mis esfuerzos como gobernante, para alcanzar en lo posible el lleno de nuestras comunes y patrióticas aspiraciones, de la marcha general de mi gobierno y de lo mucho que aún resta para la satisfacción de tan importante programa».

Cáceres concluyó su primer mandato gozando de gran popularidad, especialmente entre los sectores más sencillos de la población. La identificación del ejército con el héroe se fortaleció al máximo. En 1889 Cáceres presidía su cuarto año de gobierno y cumplió 53 años de edad; en ese momento se le ofreció un homenaje que duró cuatro días, el país entero se movilizó con la participación de representantes de todos los grupos sociales y las instituciones del país.

Ante la lectura de sus palabras y actos con el cristal del tiempo, no podemos dejar de sorprendernos por la vitalidad del héroe de La Breña abarcando tantas direcciones. Convocó a elecciones en abril de 1890, impulsando la candidatura del coronel Remigio Morales Bermudez, quien no tuvo opositor, logrando así el respaldo mayoritario para ocupar la presidencia. Sobre esta época Jorge



Cáceres presidente. En 1890, el general gozaba de gran popularidad y respaldo.
Colección: Museo Cáceres.



Se debía sanear la economía. Se crearon los bonos fiscales, manteniendo estrictas medidas de austeridad impuestas por la emergencia.
Colección: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.



La espada que acompañó a Cáceres durante múltiples batallas.
Colección: Museo del Ejército, Palacio de Gobierno.

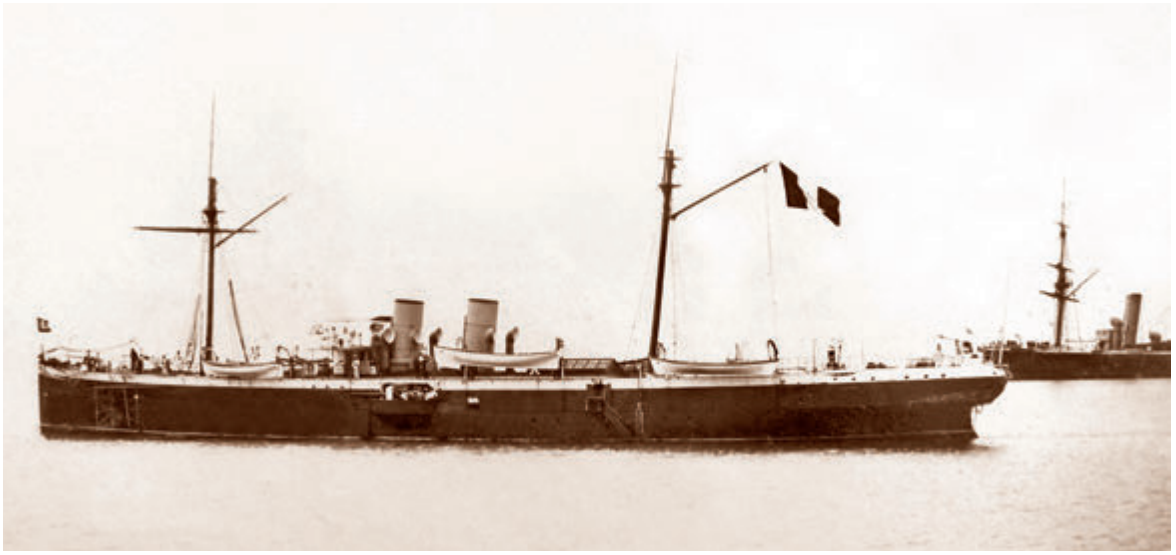
Basadre dice: «La reelección de Cáceres no fue insinuada siquiera y habría sido bien acogida por la opinión pública en 1890».

En agosto de ese mismo año, poco después de dejar la presidencia, Cáceres fue homenajeado por el Ejército en el parque de la Exposición. En esa ocasión, dirigiéndose a oficiales junto a los que combatió, exclamó que el Ejército «ha sido valeroso, patriota, subordinado y moral; que ha sabido llevar nuestro hermoso bicolor con honra y sin mancilla y que ha restaurado y consolidado las instituciones de la República, después de una época de inmerecidos desastres».

Posteriormente, en 1894 en un proceso electoral que favoreció masivamente la candidatura del héroe de La Breña y en medio de un escenario político en plena ebullición, Cáceres asume su segundo gobierno el 10 de agosto, el cual solo duró seis meses, pues una revolución liderada por Piérola lo obligó a dejar la presidencia.



Durante el primer gobierno de Cáceres se recuperaron los restos de nuestros combatientes en Chile, entre ellos los del almirante Miguel Grau. En la imagen vemos el multitudinario recibimiento que dio el Perú a sus héroes muertos en batalla.



En el campo de la defensa, Cáceres puso en funcionamiento la Escuela Militar y Naval y adquirió la cañonera *Lima* para refundar la Marina de Guerra.
Colección: Museo Cáceres.



Cáceres en un acto oficial durante su mandato como Presidente de la República.
Archivo: Biblioteca Nacional del Perú.

«No ha llegado aún el día en que pueda y deba daros cuenta de mis esfuerzos como gobernante, para alcanzar en lo posible el lleno de nuestras comunes y patrióticas aspiraciones».



Andrés A. Cáceres y su gabinete ministerial en 1895.
Colección: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.



Cáceres en el uniforme de gran gala de Mariscal del Perú, en una ceremonia oficial por el Centenario de la Independencia del Perú (1921)

«Después de dejar la presidencia, Cáceres fue homenajeado por el Ejército en el parque de la Exposición. En esa ocasión, dirigiéndose a oficiales junto a los que combatió, exclamó que el Ejército 'ha sido valeroso, patriota, subordinado y moral'».

El liderazgo de Cáceres en la Reconstrucción Nacional demostró que la debacle en la que estaba sumida la nación peruana podía superarse. La poderosa voluntad del hombre de La Breña estaba puesta sobre la brasa ardiente del desafío de legarnos un destino honroso. Un país distinto y nuestro.



A lo largo de sus múltiples batallas, Cáceres encontró en la cordillera al aliado perfecto para cercar al enemigo.

«Bastante difícil es, señor general, dar caza al famoso Cáceres desde que tiene tantos elementos de movilidad y está acostumbrado a hacer larguísimas jornadas. Sin embargo, no cesaré en perseguirlo, aunque sea a costa de los mayores sacrificios».

Coronel Marco Aurelio Arriagada
En comunicación oficial a Patricio Lynch
Huaraz, 21 de junio de 1883


CAPÍTULO V

Héroe y persona

Puede resultar extraño, pero es en la muerte cuando recién se puede revelar la real calidad de los hombres. Nada florece sobre la fantasía del fingimiento, del amor que no se siente, de los sueños que no se concluyen. De una manera, la juventud suele ser corta, la vejez bastante larga y la muerte eterna, inacabable. Trascender desde una cripta en la lejanía de un tiempo que no nos pertenece jamás podría ser el resultado de un albur, sino del fidedigno convencimiento de la empresa en la que se está embarcado. Resulta egoísta presentar batalla para obtener una medalla o tentar el poder para ostentar un trono. Lo contrario es comprometerse en la batalla para honrar a su bandera y gobernar para servir al pueblo.



El 6 de junio de 1920, el presidente Augusto B. Leguía le entrega, en ceremonia pública, el bastón de mariscal.
Mosaico: Frontis de la Benemérita Sociedad Fundadores de la Independencia y Defensores Calificados de la Patria.

Una leyenda viva

Después de dejar el poder en 1895, Cáceres inició un largo periplo que lo llevó a vivir en Argentina, Francia e Italia, hasta regresar al Perú en 1915. Todavía participó en actividades políticas de manera intensa. En 1919 fue honrado con el título de Mariscal por el presidente Augusto B. Leguía (1863-1932). No es un secreto decir que al paso del tiempo se había ganado grandes amigos y discípulos, así como enemigos y detractores, pero desde cualquier postura en que se le observe arrastraba admiración. El propio Manuel González Prada, un rival de pensamiento y obra, escribió: «Hace frente a los enemigos de fuera y a los traidores de casa. Palmo a palmo defiende su territorio, día a día expone su pecho a las balas chilenas y peruanas. No se fatiga ni se arrienda, no se abate ni se desalienta. Parece un hombre antiguo, vaciado en el molde de Aníbal».



Varias vistas del bastón de mariscal que Cáceres recibió en ceremonia pública.
Colección: Familia de la Guerra Sison



Andrés A. Cáceres con el bastón de mariscal del Perú.
Óleo: B. Garay (1939)
Colección: Museo del Ejército, Palacio de Gobierno.

Antonia Moreno: más que una esposa

Dentro del extraordinario capítulo que Cáceres escribió para la historia del Perú, en cuanto a la resistencia existe otra gesta que no podemos dejar de reseñar. Es la de su esposa, Antonia Moreno, la cual es inspiradora por derecho propio. Sucede que durante la ocupación chilena ella asumió un papel fundamental como colaboradora clandestina de los hostigamientos que Cáceres imponía al invasor.

Desde la capital, Antonia movilizó al Comité Patriótico, integrado por hombres y mujeres notables de la época, como don Luis Carranza, director del diario *El Comercio,* y el obispo Tordoya, ilustre patriota, que en la época de la ocupación dejó sus responsabilidades como administrador apostólico del Cuzco para trasladarse a Lima y presidir el Comité. Así, Antonia dedicaba todos sus esfuerzos a reunir armamento, uniformes, provisiones, dinero y todo lo que se pudiera, para enviarlo a la línea de batalla, ya instalada en la sierra del país.

A través de sus memorias, publicadas en 1974 con el título de *Recuerdos de la campaña de La Breña,* la esposa de Cáceres nos acerca con elocuencia a los hechos: «Mi viaje a la sierra, donde se alistaba ese puñado de héroes resueltos a sufrir y luchar solo por salvar el honor del Perú –pues no tenían grandes probabilidades de éxito– animó mi espíritu, rebelde a la servidumbre. Entonces me entregué con todo el ardor de mi alma apasionada a la defensa de nuestra causa, dedicándome a la conspiración más tenaz y decidida contra las fuerzas de ocupación».

En su avidez por proveer de armamento al Ejército de Cáceres, no dudaba en asumir temibles riesgos. Poseía un agudo ingenio, el cual se evidenciaba al concebir los planes para trasladar sus encomiendas una y otra vez, logrando burlar la vigilancia chilena.

De esta época es notable la historia del cañoncito que sacó de Lima, la cual está descrita con detalle en sus memorias: «Era muy arriesgado sacar armamento de Lima estando la ciudad bien vigilada por los soldados de la guarnición chilena, pero mi dignidad de peruana se sentía humillada viviendo bajo la dominación del enemigo y decidí arriesgar mi vida si fuera preciso para ayudar a Cáceres a sacudir el oprobio que imponía el adversario. ¿Cómo librar al cañoncito de caer en manos del enemigo? Pues se me ocurrió simular un entierro. Lo hice desarmar y colocar en un ataúd. Los 'deudos del difunto' eran los oficiales que debían partir con él a cuestas, hasta el cementerio primero y después, hasta las abruptas sierras. Esta arriesgada hazaña necesitó gran coraje y serenidad, pues pasaron 'el cadáver' ante las narices de los chilenos, pero tanto Navarro y Salarrayán tenían temple de acero, se jugaban el todo por el todo en tan atrevida proeza, seguramente pensando que el 'querido muerto' resucitaría en un día no lejano entre las crestas de los Andes, lanzando con estrépito su voz vengadora».

Su amor y admiración por la entrega de Cáceres en defensa de la patria, la llevó incluso a seguir al marido, llevando consigo a sus tres hijas, por lo agreste de la sierra del país durante la campaña de La Breña, liderando al gran grupo de mujeres de los indígenas que se incorporaron al Ejército de Cáceres y que cariñosamente la llamaban *mamacha* Antonia. Ellas, después de los feroces enfrentamientos, recogían y lloraban a sus muertos, curaban las heridas de los sobrevivientes, cocinaban y lavaban, tratando así de brindar un poco de consuelo en medio de tanto dolor.

A pesar de su decisión de acompañar a Cáceres durante toda la campaña, Antonia tuvo que separarse de él cuando este decide remontar

la cordillera junto a su Ejército; las mujeres y sus hijos debían quedarse, pues el ascenso sería durísimo por senderos estrechos e inseguros. Sobre este momento, Antonia Moreno cuenta en sus memorias: «Un rato duró la penosa despedida. Cáceres y sus acompañantes parecían el símbolo del dolor. Se acercaron a nosotras y nos abrazaron cariñosamente. Cáceres acarició a sus hijitas intensamente emocionado; fue desgarrador, como si mil puñales nos hubieran atravesado el corazón».



Antonia Moreno de Cáceres junto a sus tres hijas:
Zoila Aurora, Rosa Amelia y Lucila Hortensia.
Fotografía: Museo Cáceres.

Pasado el tiempo de guerra, Antonia volvió al cuidado de sus hijas y sus labores hogareñas, mientras que Cáceres asumió la Presidencia de la República. Luego lo acompañó en las misiones diplomáticas a las que fue designado en Europa. Finalmente se estableció en Lima, donde falleció el 26 de febrero de 1916. Antonia Moreno de Cáceres es la única mujer cuyos restos, junto a los de su esposo, están enterrados en la Cripta de los Héroes del Cementerio Presbítero Maestro.



Antonia Moreno de Cáceres, esposa de nuestro personaje.
Fotografía: Archivo Eugéne Courret.
Biblioteca Nacional del Perú.

Las hermanas Cáceres Moreno

Lucila Hortensia, la hija mayor, se casó en Argentina con el limeño Carlos Porras Osores. Tuvo tres hijos: Andrés Porras Cáceres, Alfredo Porras Cáceres y Rosa Porras Cáceres. Antes de morir su madre, Antonia Moreno de Cáceres, le dictó los *Recuerdos de la campaña de La Breña,* obra que fue publicada en 1974.

Zoila Aurora se hizo muy conocida como escritora publicando novelas, artículos literarios y ensayos feministas. Pertenecía al selecto círculo de Clorinda Matto de Turner. Se casó en París en 1906 con el cónsul de Guatemala en Hamburgo, Enrique Gómez Carrillo, escritor, periodista y bohemio de vida agitada. En octubre de 1923 esta unión fue declarada nula. Aunque vivió la mayor parte del tiempo fuera del Perú, cuando visitaba Lima acostumbraba citar a los más refinados escritores y artistas a disfrutar de unas veladas culturales, las cuales eran muy comentadas en la ciudad. Murió a los 86 años de edad, en Madrid, el 14 de febrero de 1958, sin dejar descendencia.

Rosa Amelia, la hija menor, murió en Lima a los 13 años de edad. Ironía del destino la que vivieron los acongojados padres, pues la niña y sus hermanas habían pasado largas jornadas durante la campaña de La Breña, expuestas a la peste que acababa con parte de la tropa y ellas siempre habían salido inmunes. Varios años después, en la comodidad de la ciudad, cuando el general Cáceres era presidente de la República, la niña enfermó de un violento tifus, el cual la llevó a la tumba con sorprendente rapidez el 23 de febrero de 1889.





Las hermanas Cáceres Moreno: Lucila Hortensia (izquierda) y Zoila Aurora, hijas del mariscal Andrés A. Cáceres y Antonia Moreno. Fotografías: Archivo Eugéne Courret. Biblioteca Nacional del Perú.

Los últimos días

Ni en la vejez cesó de actuar. Con la salud desmejorada por los 89 años y el peso enorme de las campañas y los peligros y las cicatrices, se trasladó al balneario de Ancón en busca de recuperarse. Una arterioesclerosis hacía mella en su cuerpo de roble. A pesar de la enfermedad, parece que no tenía previsto morir. Salía a caminar al mediodía acompañado por su nieta o por el oficial ayudante. El martes 9 de octubre de 1923, después del paseo manifestó sentirse fatigado, cosa que le causó extrañeza, pues el día anterior hizo el recorrido sin mayores complicaciones.

En la noche, volvió a llamar a su secretario —el teniente Armando Arroyo Vélez— y le dictó una carta dirigida al doctor Salvador Cavero. Firmó la carta 45 minutos antes de morir. Luego, le dijo al teniente que la depositara en el correo y, por último, que coordinara la salida de un tren expreso hacia Miraflores, explicándole: «Estoy muy lejos aquí de los centros políticos, y esta circunstancia me tiene impaciente».

El secretario se retiró, pero a la media hora un policía le avisó que el estado del mariscal se había agravado de un momento a otro. Regresó raudo a prestarle auxilio, pero lo encontró medio incorporado sobre la cama, arrojando bocanadas de sangre y apenas lo vio, le hizo un gesto negativo y se desplomó. Eran las 00:20 horas del 10 de octubre de 1923.



«No es un secreto decir que al paso del tiempo se había ganado grandes amigos y discípulos, así como enemigos y detractores, pero desde cualquier postura en que se le observe arrastraba admiración».



El mariscal Cáceres recibiendo muestras de admiración y respaldo de destacados personajes públicos de la época. Colección: Museo Cáceres.

Imagen ecuestre de Andrés A. Cáceres
en uniforme de Mariscal del Perú.
Escultura en bronce: D. Lozano (1930)
Colección: Palacio de Gobierno.







Cáceres acostumbraba enviar agradecimientos
por las felicitaciones recibidas.
Colección: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.



Parlamentarios, excombatientes y miembros del Partido Constitucional en reunión.
A la izquierda delante de la columna se distingue al coronel Justiniano Novoa, diputado por Hualgayoc.
Colección: Aldo Novoa Zañartu.

Con honores

El presidente Augusto B. Leguía manifestó que su desaparición «constituía una desgracia para la República» y ordenó los máximos honores en su sepelio. El Ejército dispuso que sus miembros llevaran luto durante ocho días; los jefes y oficiales en traje de gala y de visita, conforme al Reglamento de Servicio en Guarnición y, en traje de diario, crespón de seis centímetros y la tropa, escarapela de cinta negra.

El 14 de octubre, el diario *El Comercio* publicó una crónica sobre los honores: «Ayer, con toda la solemnidad que el hecho extraordinario requería, se dio sepultura a un soldado que continuará, sin embargo, viviendo en la conciencia pública como un tipo representativo de los profesores del heroísmo. La nación agradecida cumplió el día de ayer con un mandato patriótico, y lo hizo con aquella emoción incomparable que tales mandatos provocan siempre».

El homenaje consistió en una ceremonia fúnebre celebrada en la Basílica Metropolitana, a la cual asistieron los máximos representantes de los poderes del Estado. Hacían guardia dos divisiones formadas por la Escuela Militar y Escuela Naval y por unidades históricas y de tropa acantonadas en Lima y Callao. Los discursos institucionales, gubernamentales y religiosos se sucedían a grandes voces. Al mediodía, se inició el desfile hacia la Cripta de los Héroes. Durante el trayecto, nuevamente refiere *El Comercio:* «Innumerables cantidades de gentes de toda condición social y sexo, unos a pie y otras en automóviles particulares y del servicio público, esperaban el paso del cortejo».

Una vez descendido al mausoleo, sobre una mesa especial cubierta con paño negro con franjas de plata se depositó el ataúd. En ese momento aparecieron por el cielo una cuadrilla de aviones de la Escuela de Las Palmas. El gigante finalmente descansaba en paz.



Cáceres rodeado de personalidades notables del valle del Mantaro.
Comienzos del siglo XX.
Colección Raúl Peña Olano.

Legado que perdura

La trascendencia generacional de los actos de Cáceres ha motivado diversos tipos de manifestaciones culturales, orales, escritas, pictóricas, monumentales o musicales. En palabras del investigador Iván Millones: No es difícil vincular su imagen a tres aspectos claves en la historia del Perú: 'raza' y cuestión indígena, desarrollo económico, y militarismo», por lo que las tradiciones que emanan de este triunvirato de ideas resultan ser incontables y se desperdigan incluso por lugares donde no actuó directamente. En realidad, Cáceres ha terminado siendo un sinónimo asociado a la virilidad, a la maestría del ingenio, a la perseverancia. No son pocos los escritos que lo describen: «gran caudillo de las masas guerreras, disputaba con las águilas el ganar las alturas andinas y con las vicuñas el dominar las inmensas llanuras; nacido como el cóndor, en la cordillera de los Andes, poseía su instinto de orientación» o «en el raudo tropel de la derrota / Tú solo, nuevo Ayax, ebrio te alzaste / de coraje sublime, y derribaste / de nuestra infamia la brutal picota».

A esto se debe sumar el arte popular practicado por los pueblos andinos, como una alternativa estética a la modernidad. Y es que la Resistencia le dio a un gran número de comunidades una identidad real, un discurso triunfal y afirmativo y la capacidad de expresarlo. Por eso es que las poblaciones, a pesar de lo duro que resultó afrontarla, recuerdan la guerra y a su líder con una inusitada alegría.



Después de tantos años, la presencia del mariscal Andrés A. Cáceres se mantiene viva como ejemplo del patriotismo sin límites.
Colección: Instituto de Estudios Histórico Marítimos del Perú.


LA CRONICA

DIARIO ILUSTRADO POLITICO-INDEPENDIENTE E INFORMATIVO

LIMA. PERU

AÑO XI

12

OCTUBRE

LA MUERTE DEL MARISCAL CACERES


LA CRONICA

DIARIO ILUSTRADO POLITICO-INDEPENDIENTE E INFORMATIVO

LIMA. PERU

AÑO XI

JUEVES

11

OCTUBRE

Los restos del Mariscal Cáceres

Durante días consecutivos los diarios del país dedicaron portadas y sendos artículos para reconocer la magnífica labor del desaparecido héroe del Perú. Colección: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.



Imagen del funeral de Cáceres en donde se aprecia a su ayudante de cámara, teniente Pedro Padrón Arellano, sosteniendo sus condecoraciones y el bastón de mariscal. Atrás (con penacho), el jefe de la casa militar, coronel Remigio Morales-Bermúdez Sánchez. Colección privada.





El presidente Augusto B. Leguía anunció la desaparición del mariscal del Perú, la que «constituía una desgracia para la República», y ordenó los máximos honores en su sepelio. Colección: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.

La danza de los Avelinos y la Macctada

Otra forma de expresión ha sido el baile, bastante difundido en el centro del país. En este caso particular, se trata de una danza propia del distrito de San Jerónimo de Tunán (Junín), cuyos pobladores integraron el batallón San Jerónimo N° 10 durante la resistencia. La tradición local cuenta que ellos, vestidos de harapos, se infiltraron en las líneas del enemigo, atacándolas. Este es el origen del baile tradicional y representativo de los Chalaysantos o de «los Avelinos». Su vestido es un entrevero de tiras negras y colores oscuros, con apariencia de harapos, que la comunidad denomina huishuitos. El baile se desarrolla avanzando por las calles con pasos cortos y giros sobre la marcha. El acompañamiento musical lo realizan los músicos con violín, tinya y cacho. Con respecto a esta tradición cultural, Luis Alayza y Paz Soldán escribió en 1943:

> «Irrumpió en la enorme plaza de San Jerónimo una partida de danzarines vestidos con harapos y trapos viejos y desflecados, cubiertos con máscaras, capitaneados por un individuo de cara pintada de negro, descomunal sombrero de copas y frac azul ribeteado de carmesí. Son los Avelinos, se me dijo, contestando a mis preguntas. Momentos después [...] comenzaron a sacar de los quipes un servicio de mesa de piezas más pequeñas que los juegos de muñecas, verdaderas miniaturas».



A pesar del tiempo transcurrido, en Junín se recuerda al *taita* Cáceres a través De la danza de los Avelinos.

En el caso de la «Macctada» o «Tropas de Cáceres» es un tipo de danza de estilo cómico que representa la «burla» al enemigo. Un artículo de *La Prensa* (1975) cuenta que «en Acolla, la 'Macctada' pasa revista frente al busto del héroe que está en la Plaza de Armas [...] todo esto en los días de Semana Santa; el *taita* Cáceres como encarnación de los dioses tutelares del Perú aflora y recibe el fresco y brillante homenaje de los pueblos». Pablo Macera señala que «tres núcleos geográficos se asocian a la 'Macctada'. Uno de ellos estrictamente religioso, anterior, pero no es hoy el más importante. El núcleo básico corresponde hoy a la guerra contra Chile. Las escenificaciones están confiadas a diversos pueblos [...]. La figura de Cáceres resulta siempre la dominante y es confiada a un anciano venerable».

El Éjercito y el mariscal

La presencia de Andrés Avelino Cáceres en el Ejército es patente en cada espacio físico. Ya que el Perú es un pueblo esencialmente infante. De infantes fueron las huestes de las culturas que antecedieron a los incas y de los incas mismos; hombres de a pie que recorrieron los extremos de su mundo, conquistando la América del Sur con el ímpetu de su paso. Cuando la Colonia fue una certeza inobjetable, las castas española y autóctona se fundieron para moldear un nuevo tipo de hombre, que se mantuvo como el indómito luchador ancestral, indoblegable ante las dificultades de su entorno.

Cáceres es la muestra relevante de esa construcción. Sus padres, Domingo Cáceres y Justa Dorregaray, se fundieron en un romance a quemarropa cuyo principal ingrediente eran estos lazos con el pasado hispano-imperial. Las campañas al mando de Castilla, el combate del Dos de Mayo, la gesta del sur, la defensa de la capital y la resistencia andina son argumentos que anidan, forjan y alimentan las cualidades de un infante. La infantería es el arma principal del combate y la reina de las batallas.

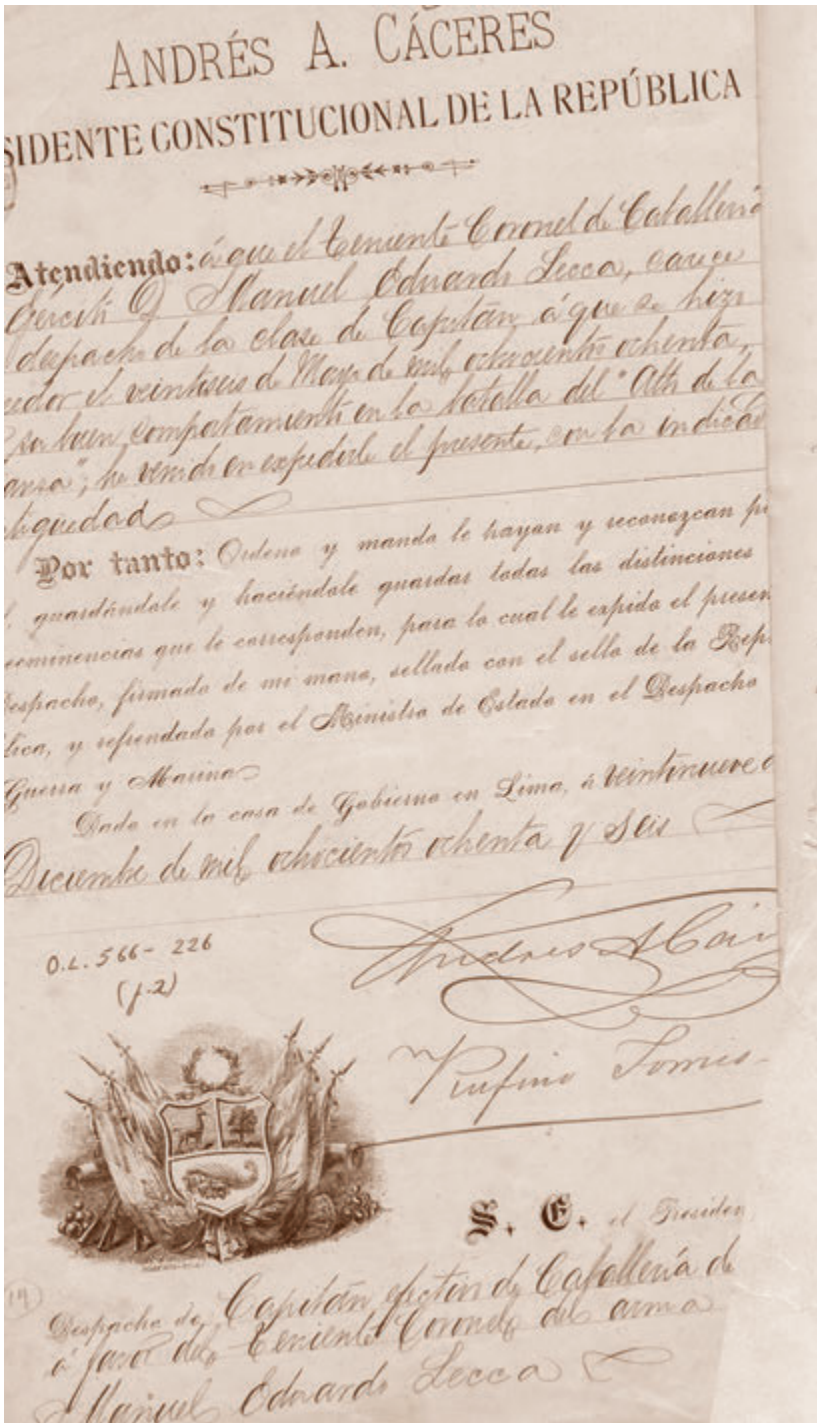
La vida de un oficial del Ejército se inicia en la Escuela Militar de Chorrillos, cuando pasa por la etapa de formación como cadete. El encuentro con el espíritu de Cáceres es inevitable. Está en la palabra de los instructores, en la rutina madrugadora, en los lemas que se invocan, grabado en las paredes de las cuadras, o en el ejemplo que se necesita para proceder; podría decirse que no existe un rincón por donde no fluya el mensaje legado a las generaciones. Designado patrono del arma en 1951, los cuadros de oficiales y soldados han sido forjados por generaciones a fuerza de su porte. Ese mismo año se erigió el monumento ecuestre a su persona.

Por eso, después de tantos años, la presencia del mariscal Andrés A. Cáceres nos sigue gobernando desde la frigidez de un camposanto. No hay un aspecto de nuestra vida a la que escape: calles, distritos, provincias, mutuales, cooperativas, asociaciones, legiones, colegios, institutos, universidades, parques, plazas, ceremonias, tradiciones; podrían resultar inacabables las múltiples muestras de su paso por la vida terrenal. El reconocimiento a su trayectoria no es un gesto individual: es una herencia colectiva.



Con la salud desmejorada por los 89 años se trasladó al balneario de Ancón con el deseo de recuperarse.
Óleo: Fernando Saldías (1988).
Colección: Congreso de la República.

Antes de partir, dejó una sentencia grabada en nuestros corazones para la posteridad: «El Perú será grande, el Perú será lo que deba ser, si todos los peruanos nos resolvemos virilmente a engrandecerlo».



ANDRÉS A. CÁCERES

SIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA

Atendiendo: á que el teniente Coronel de Caballería
Don Manuel Eduardo Lecca, cayo
despacho de la clase de Capitan á que se hizo
acreedor el veintiseis de Mayo de mil ochocientos ochenta,
se halla completamente en la hoja de Alta de la
arma; he venido en expedirle el presente, en la indicada
calidad

Por tanto: Ordeno y mando le hayan y reconozcan por
tal, guardándole y haciéndole guardar todas las distinciones
preminencias que le corresponden, para lo cual le expido el presente
Despacho, firmado de mi mano, sellado con el sello de la Repú-
blica, y refrendado por el Ministro de Estado en el Despacho de
Guerra y Marina

Dado en la casa de Gobierno en Lima, á veintinueve de
Diciembre de mil ochocientos ochenta y Seis

O.L. 566 - 226
(f. 2)

Rufino Torres

S. E. el Presidente

Despacho de Capitan efectivo de Caballería de
Ejército del Teniente Coronel de arma
Manuel Eduardo Lecca

Algunos documentos del general Andrés A. Cáceres, hoy custodiados por el Ejército del Perú.


El Presidente de la República

Interpretando la voluntad de sus conciudadanos

Decreta:

1°.- Se declaran días de duelo nacional el 15 y 16 del presente mes, consagrados á honrar la

Andres A Cáceres

General de Brigadas de los

Considerando:

Que el deficiente estado del Erario

Por ahora al pago completo de los

de la Nacion en tiempo de paz

Sin embargo de lo expuesto en

derechos de los Servidores del

Guardia Civil de la República

Caja Fiscal de Lima

ALCABALA DE HERENCIAS

IMPUESTO

A LA

SUCESION

Libro Quinto Folio 1391 Núm. 2187



Fue su vinculación directa con el indígena y el Ande peruano lo que permitió a Cáceres acercarse a ellos para unir fuerzas en defensa de la patria.

«Fuisteis la dilatación, en la historia de las grandes figuras de Grau y Bolognesi y la reduplicación del sacrificio que, con su propia existencia, rindieron aquellos en aras de la salvación nacional».

Augusto B. Leguía
Presidente de la República del Perú
Discurso durante la ceremonia de entrega del bastón al mariscal Cáceres.



CAPÍTULO VI

Testimonios

Si buscamos la imagen de un personaje en nuestra historia, que sea ejemplo de valentía, inteligencia y entrega a la patria, ese es Andrés A. Cáceres. Paradigma del deber y del coraje humano. Su historia de vida ha marcado a las siguientes generaciones, recordando siempre la esencia del peruano andino y mestizo, ambos pluriétnicos y plurilingües, pero unidos bajo un sentimiento. Eso es lo que esta obra quiere destacar y preservar.

En ese sentido, el presente capítulo recopila, de manera sucinta, el testimonio de personalidades en diferentes campos profesionales respecto a la historia de vida del mariscal Cáceres.



El mariscal Andrés A. Cáceres, ejemplo para todos los peruanos;
Colección: Museo Cáceres

Eterno legado

Gral. de Div. EP Pablo Correa Falen

Presidente de la Orden de la Legión Mariscal Cáceres

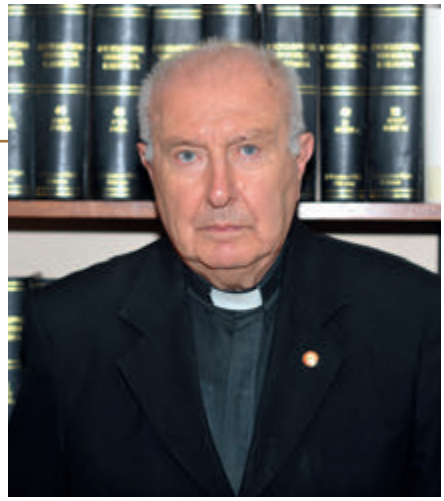


Andrés Avelino Cáceres, por sus virtudes cívicas y por sus hazañas bélicas, es sin duda el principal paradigma de la nación. Su legado es imperecedero; y sus ideales son eternos. Hoy más que nunca, el perfil biográfico del conductor de La Breña, aparece como una lección plena de enseñanzas, tanto para esta generación, tan necesitada de valores, como para las que en el porvenir labren el destino de nuestra patria.

Para Cáceres hubo siempre un solo norte: el bien del Perú. Y a ese ideal consagró el íntegro de su gloriosa existencia, constituyéndose en el más esforzado adalid de la peruanidad. Pero además de guerrero sin par, Cáceres fue también un egregio ciudadano. Cáceres inició la difícil tarea de la Reconstrucción Nacional y fue un estadista probo, nacionalista y visionario. Por todo ello, como Hijo Predilecto de la Patria, Cáceres ilumina con sus inmarcesibles ideales el camino a seguir en la forja de un Perú más libre, más justo, más solidario y más digno.

Peruano para la historia

Armando Nieto Vélez S. J.
Historiador



Los biógrafos de Andrés A. Cáceres coinciden todos en destacar la extraordinaria actuación del héroe de La Breña: amor y servicio a la patria en sus momentos más difíciles; genio militar en las operaciones de montaña y de guerrilla, energía indomable para sobreponerse a las adversidades; probada honestidad y capacidad de sacrificio.

Como recuerda Basadre, Cáceres no se amilanó ante las horribles entrañas de la derrota, sino que empezó la nueva pelea sin más compañía que su desasosegado corazón y unos pocos leales, y una firmeza ejemplar en la indómita voluntad de seguir en la brega.

Honor e Integridad

Gral. de Brigada EP Orestes Vargas Ortiz

Director de Informaciones del Ejército



La figura de Cáceres representa para nuestro país la materialización de los valores y virtudes militares. A lo largo de su existencia demostró una incansable vocación de servicio que se expresó en su innegable amor a todo lo nuestro plasmado en su frase inmortal: "nadie tiene razón si es en contra del Perú".

Como hombre de armas la disciplina y la excelencia en el cumplimiento del deber caracterizaron sus acciones; fue considerado hombre de confianza para sus jefes, modelo para sus subordinados y un "taita" para su pueblo. Durante la guerra del guano y el salitre, demostró sus más preciadas cualidades como adalid de la resistencia nacional.

El honor y la integridad caracterizaron su accionar como padre de familia y ciudadano. Su esposa Antonia Moreno de Cáceres y sus tres hijas acompañaron al caudillo en su gesta nacional. Ellos son considerados el modelo de familia militar, siempre anteponiendo los intereses de la patria.

Sentido de peruanidad

Calm. AP Raúl Parra Maza

Presidente emérito de la Sociedad Geográfica de Lima



En tiempos límites de la condición humana, el bienestar y la trascendencia de la patria son compromisos prioritarios e ineludibles. En esta dimensión, Andrés Avelino Cáceres Dorregaray dedicó su vida a luchar por la pertenencia nacional, imprimiendo una historiografía de amor al Perú exenta de los egoísmos imperantes. Su figura señera es de grandeza, tanto en los aciagos tiempos de la guerra con Chile como, posteriormente, en su trayectoria política durante la azarosa posguerra y Reconstrucción Nacional.

Como Presidente Constitucional, con gran visión de futuro, entre otras, fundó la Sociedad Geográfica de Lima, el 22 de febrero de 1888, para los estudios de la demarcación de la República y procurar inmigración científica para la generación de proyectos en pro del desarrollo y la estabilidad del Estado. Esta academia científica, ya con 125 años de existencia cumpliendo sus fines, permanentemente rendirá honores a la memoria de su fundador, el mariscal Andrés Avelino Cáceres Dorregaray.

Paradigma militar y político

María Pía Chirinos Montalbetti
Vicerrectora de Investigación y Ordenación Académica,
Universidad de Piura



La figura de Andrés Avelino Cáceres aparece ya grande desde sus inicios: en la campaña de La Breña, en plena cordillera peruana y desde cada quebrada, nuestro héroe no dejará vencerse. «Gracias a él —escribirá un historiador peruano— nuestro pabellón nunca se arría».

Ya como Presidente Constitucional ejerce una prudencia política ejemplar: en su primer periodo, restablece la Constitución de 1860, preserva la paz pública y lleva a cabo una serie de medidas económicas —dolorosas, sí, pero necesarias— en favor de una nación que emerge de una guerra atroz, injusta y sangrienta.

Es loable, por tanto, dedicar al mariscal Cáceres este homenaje y presentarlo como paradigma militar y político: modelo de virtudes tanto para los defensores de nuestra patria como para los que representan legítimamente a nuestro pueblo y deben promover la justicia y el desarrollo.

Orgullo del Perú

Ludwig Meier Cornejo

Director de Relaciones Institucionales y Comunicación Corporativa de Telefónica del Perú



Cuando hablamos del mariscal Andrés Avelino Cáceres Dorregaray, inmediatamente se nos viene a la mente el sobrenombre que le dieron sus ocasionales rivales considerándolo un hábil y escurridizo estratega militar.

Sus proezas militares lo han llevado a situarse en un lugar privilegiado de ilustres peruanos que defendieron al Perú, destacando en su vida castrense, convirtiéndolo en referente de siguientes generaciones.

Telefónica busca contribuir a la difusión de la vida de este insigne peruano, ejemplo y legado histórico de la nación, con esta extraordinaria edición, que es una valiosa recopilación efectuada por destacados historiadores e investigadores de aquellas acciones que le merecieron el apelativo de «Brujo de los Andes».

Nos sentimos orgullosos de compartir con el Ejército del Perú y la Legión Cáceres un homenaje gráfico del Gran Mariscal Cáceres.

Inquebrantable luchador

José de la Puente Brunke

Director del Instituto Riva-Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú



Ayacuchano de nacimiento, Andrés A. Cáceres vivió un concepto amplio e integral del Perú. Durante la guerra del Pacífico representó una inquebrantable voluntad de lucha, derivada de un auténtico espíritu nacional. Después de la ocupación de Lima, sostuvo la idea de que el conflicto bélico no había terminado, y en el valle del Mantaro formó un ejército que fue fruto de la libre adhesión de hombres de diversos pueblos, comarcas y haciendas.

Con el dominio de la geografía de los Andes, esas fuerzas defendieron con valentía la soberanía del Perú. Su figura histórica, además de encarnar un indesmayable propósito de defensa del país, está unida a una prolongada etapa de la historia peruana, que comprende no solo el conflicto con Chile, sino las posteriores décadas de reconstrucción del país, durante las cuales fue un actor político de primera importancia.

Los valores de un héroe

Mauricio Novoa Cain
Abogado e historiador



Patrono de la Infantería, Brujo de los Andes, Presidente de la Reconstrucción Nacional. Su figura se asocia a virtudes permanentes como el valor, el espíritu de obediencia y la tenacidad. Encarnó los valores tradicionales del militar peruano: el conocimiento de la geografía, la cercanía a la tropa, y el cultivo de la fe en Dios y en la patria. Condujo al país en el momento más adverso de su historia, recuperando sus bases económicas y estableciendo reformas institucionales.

La resistencia emprendida a la cabeza del campesinado breñero fue símbolo del país que nunca se rindió y también factor de la construcción de la nacionalidad. Su legado ha permanecido, entre quienes lo siguieron, a través de múltiples generaciones. Pero es en el alma popular donde tiene, a través de tradiciones como los Avelinos, un lugar imperecedero.

Nunca se rindió



Carlos Antonio de la Guerra Sison

Tataranieto del Mariscal Cáceres

El Mariscal Cáceres fue un extraordinario ejemplo de vida tanto en el aspecto militar como en el político y familiar. Me siento muy orgulloso de ser su descendiente por el extraordinario legado que ha dejado tanto a su familia como al país. Su integridad, espíritu de lucha, capacidad de liderazgo, desinterés personal y su amor a la patria distingue su vida llena de objetivos claros ligados a valores admirables.

Al escribir estas líneas me viene a la memoria las narraciones de mi bisabuela sobre la prolongada lucha de su padre tratando de vencer al invasor en las diferentes batallas como Tarapacá, Concepción, Pucará, Marcavalle, etc. Su valor se apreció tanto en la costa como en la Campaña de La Breña, donde tuvo que organizar e instruir a un ejército que no había sido preparado para ello. Es así que el enemigo se refería a Cáceres como «Brujo de los Andes», por la logística y las estrategias que dirigió para combatirlo, logrando generar una extraordinaria mística en nuestro pueblo, haciendo enormes sacrificios al recorrer las serranías luchando por la patria.

Vida que educa

Jorge Salmón Jordán
Comunicador



Pocas personalidades en la historia del Perú reflejan una serie de valores que se vinculan fundamentalmente a un sentimiento de peruanidad. Sentimiento que tiene una raigambre de veracidad lograda en la lucha durante los momentos más arduos que ha vivido nuestra República.

Ciertamente en mi visión hay dos Cáceres. El primero como el conductor de un campesinado que jamás se rindió y que fue símbolo de la lucha desigual que se diera por entonces. Este es el Cáceres heroico, el que con un solo ojo miraba el horizonte del Perú buscando defender su territorio y la dignidad de su pueblo y el segundo, el Cáceres político, que está expuesto a la crítica no siempre imparcial y que escapa de valores más trascendentes como fueron aquellos con que defendió denodadamente a la patria. Indudablemente nuestro héroe tiene una vida que educa.



Los intrincados y pedregosos caminos de la sierra peruana, que a extraños marea y enferma, fueron para Cáceres y sus seguidores el escenario ideal para el éxito de sus campañas.

Referencias bibliográficas

BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú (1822-1933)*, obra completa. Lima: Empresa Editora *El Comercio*. 2005.

CÁCERES, Andrés. *La Guerra del 79: sus campañas. Memorias*. Lima: Editorial Milla Batres. 1973.

CASÓS, Fernando. *Parte oficial del glorioso combate del Dos de Mayo de 1866*.

CLAUSEWITZ. Karl Von. *De la Guerra*. Madrid: Edición Librodot. 2002

COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO. *Los héroes de La Breña*. Ministerio de Guerra. 1982.

COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO. *La contraofensiva de 1882*. Ministerio de Guerra. 1982.

COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO. *Cáceres: conductor nacional*. Ministerio de Guerra. 1984.

COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO. *Apuntes biográficos de personajes del Ejército del Perú*. 2009.

COTLER, Julio. *Clases, Estado y Nación en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. 2009.

GUERRA Martiniére, Margarita. *La República: 1827-1899*. Tomo VII. Lima: Editorial Brasa S. A.

HERRERA CUNTTI, Arístides. *Apuntes históricos de una gran ciudad*. Lima: AHC Ediciones Perú. 2006.

HUIZA, José Luis; Palacios Rodríguez, Raúl y Valdizán Ayala, José. *El Perú republicano: de San Martín a Fujimori*. Lima, Fondo de Desarrollo Editorial de la Universidad de Lima.

KLARÉN, Peter. *Nación y sociedad en la historia del Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. Primera edición, reimpresa en 2012.

LECAROS, Fernando. *La Guerra con Chile en sus documentos*. Lima: Editorial Rikchay Perú, Nº 6. 1979.

LUNA Vegas, Emilio. *Cáceres: Genio Militar*. Librería Editorial Minerva. 1978.

LUNA Vegas, Emilio. *Cáceres: Un peruano ejemplar*. Okura Editores S.A. 1987.

MIRANDA, Jader. *Los marinos de la guerra*.

RAMÓN GARCÍA, José. *Minas, torpedos y canoas explosivas en el Callao el 2 de mayo de 1866*. Lima: Fondo de Publicaciones de la Dirección de Intereses Marítimos. 1993.

RODRÍGUEZ, Ana María. *Andrés Avelino Cáceres, estadista ejemplar*.

TAURO, Alberto. «Breve biografía del mariscal Andrés A. Cáceres». *En Los héroes de La Breña*. Lima: Comisión Permanente de la Historia del Ejército del Perú.

VEGA, Juan José. *Cáceres, entre indios y criollos*.

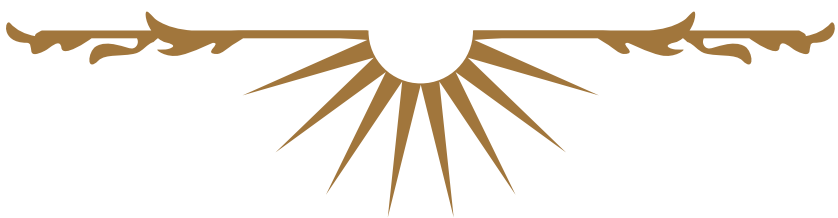
VEGAS, Manuel I. *Historia de la Marina de Guerra del Perú 1821-1924*. Segunda edición. Lima: Ministerio de Marina. 1973.

YÁBAR, Francisco. *La campaña de la resistencia en los Andes*. Miraflores: Editora Yábar. 2009.

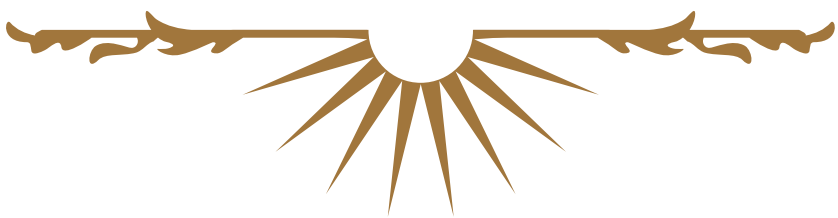
ZANUTELLI, Manuel. *Andrés Avelino Cáceres, héroe de la resistencia*. Lima: Universidad Ricardo Palma/ Editorial Universitaria. 2009.

Ensayos sobre la temática publicados en diversos medios

Se terminó de imprimir el 16 de setiembre de 2014,
día de San Juan Macías, en papel couché de 170 gramos.
La fotocomposición se realizó utilizando para el cuerpo de textos caracteres Arno Pro en punto 16 con 25 de interlineado. La preprensa, impresión y encuadernación se realizó en Studio Digital Editores S.A.
©In Pectore / Interforum



Se terminó de imprimir el 16 de febrero de 2015, en papel bond de 75 gramos.
La fotocomposición se realizó utilizando para el cuerpo de textos caracteres Arno Pro en punto 12 con 16 de interlineado. La preprensa, impresión y encuadernación se realizó en Quad/Graphics Perú S.A.
©In Pectore / Interforum







MINISTERIO DE DEFENSA

Telefónica





MINISTERIO DE DEFENSA

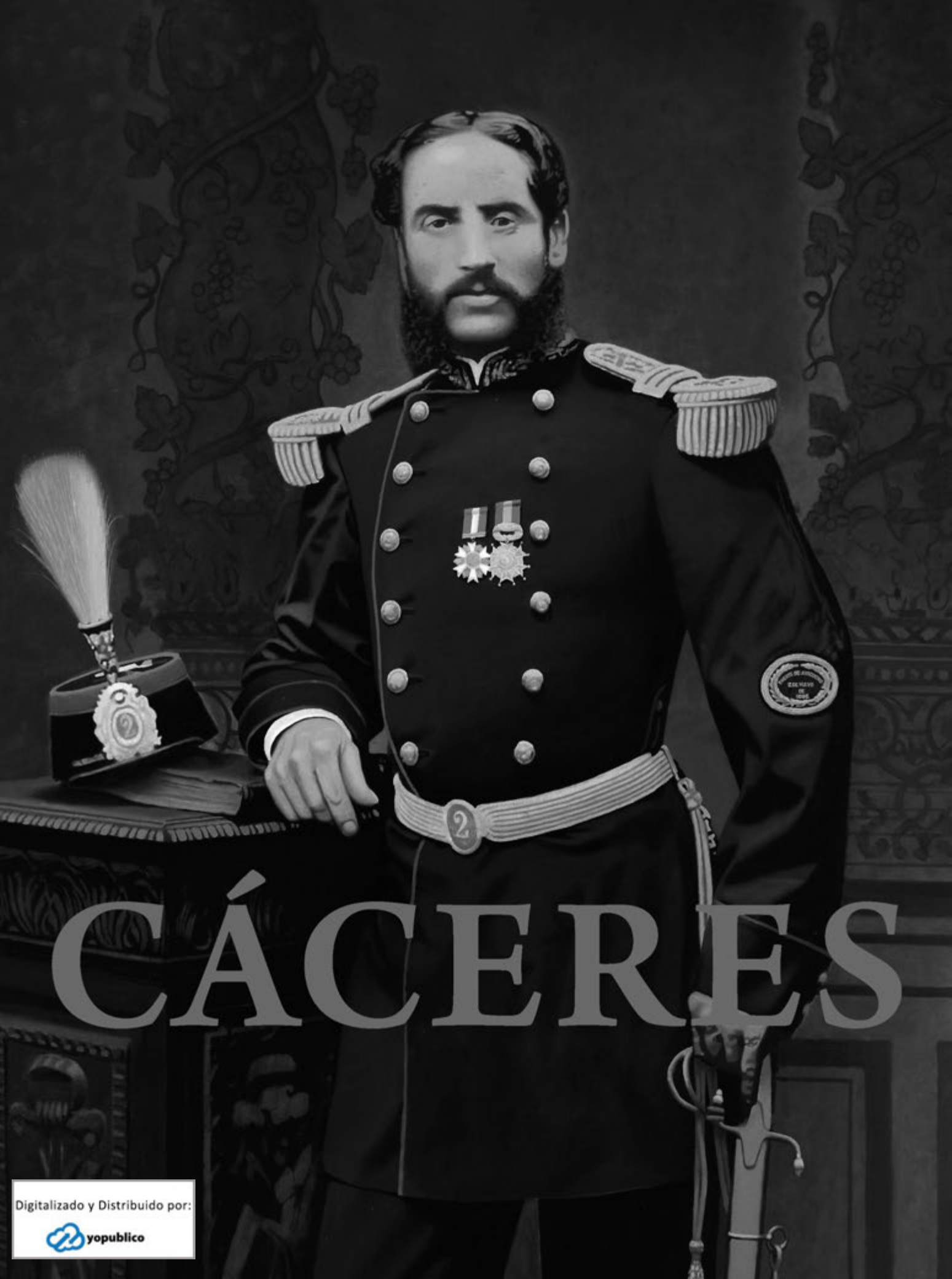
Telefónica

The Peruvian Army devotes special attention to encouraging the creation of national consciousness by studying our historical military past. This role is fulfilled through military associations, the Directorate of Museums and the Permanent Commission of the Peruvian Army History (CPHEP), with the mission to perpetuate the events of the past, preserve military traditions and celebrate the national patriotic spirit.

In the same context, the Ministry of Defense has promoted the conservation of cultural patrimony and iconographic renovation of the Armed Forces.

With the publication of this work, the Ministry of Defense and the Army highlight the exemplary life of a key figure in our history: Andrés Avelino Cáceres, whose moral legacy of courage, commitment and love to our fatherland, must be known by all Peruvians.

Fotografía de la contra carátula:
Andrés Avelino Cáceres. Oleo de Orlando Yantas (2014)
Colección Ministerio de Defensa
Foto: Daniel Giannoni



CÁCERES

Digitalizado y Distribuido por:
yopublico



Nunca se rindió